

María del Carmen Vázquez Mantecón

La palabra del poder

*La vida pública de José María Tornel
(1795-1853)*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2008

269 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 28)

Ilustraciones.

ISBN 978-970-32-5000-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/palabra/poder.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

EL DRAMA DE CICERÓN

1831-1841

En busca de reconocimiento

Caído Guerrero, el poder fue ocupado por el vicepresidente Anastasio Bustamante y sus llamados hombres de bien. Desde Baltimore, Tornel estaba entregado a escribir una serie de misivas que le serían muy importantes para resolver airosamente su situación. Nadie en los Estados Unidos había objetado su falsa presentación como plenipotenciario. Los destinatarios de sus cartas eran el mismo Bustamante —a quien escribió que su llegada al poder era *el suceso más feliz que pudo haber ocurrido*— y el secretario de Relaciones Exteriores, Lucas Alamán. A éste le hablaba como si nada de los asuntos de trabajo de su despacho, como el del intento de los Estados Unidos por adquirir Texas. Le comunicó que se creía que él había llegado allá con *facultades omnímodas* para vender. Dejó claro que eso le parecía una usurpación y que defendería los intereses de México. Se atrevió a dar algunos consejos: que el gobierno estableciera una política *severa*, ya que no le parecería extraño que, una vez colonizada la provincia, quisiera incorporarse a los Estados Unidos, para lo que pedía que se cerrara la *colonización americana* y se impidiera la transmisión de terrenos a esos colonos.¹

En una carta personal explicó que estuvo muchos días sin comunicaciones oficiales, ni cartas, y que no presentó sus credenciales antes por el estado de crisis de su país. Dijo que de no haber sido por Poinsett, que le mandó los despachos oficiales del Departamento de Estado, no se hubiera enterado de los cambios en México.

La tercera misiva tenía por objeto tratar de convencer a Alamán de que él, Tornel, era el indicado para esa misión. Presumía que había sido muy agradablemente recibido y obsequiado, por ejemplo, con el *Tee Party* [sic] del plenipotenciario de los Países Bajos y el hecho de que tanto el presidente de los Estados Unidos como el ministro de

¹ AHSRE, LE-1056-2, 6 de marzo de 1830.

Inglaterra le habían dado grandes convites. Sin ofrecer renunciar, dijo que esperaba noticias.²

A pesar de no recibir respuesta de México, Tornel se seguía presentando ante los norteamericanos como diputado, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario. Regaló a la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos una copia manuscrita —en papel fino, con cantos dorados y bellamente encuadrada en rojo y oro— de la *Instrucción reservada del Reyno de la Nueva España que el excelentísimo señor virrey de Revillagigedo dio a su sucesor el excelentísimo señor marqués de Branciforte en el año de 1794*.³ Periódicamente enviaba a México la información que tenía sobre variados asuntos diplomáticos según las instrucciones del cargo.

Como otro intento por atraer favorablemente la atención de los poderosos mexicanos, Tornel se interesó en localizar un manuscrito que hablaba de la situación original de la territorialidad mexicana. Para ello, comisionó a una persona de *viveza y confianza* para que indagara la existencia del manuscrito sobre el viaje de La Sale [*sic*] a la desembocadura del Mississippi. El misterioso investigador encontró la obra en la biblioteca de Filadelfia. De ahí se la enviaron a Tornel en préstamo por unos días. Decidió pagar para que le escribieran una copia y le preguntó a Alamán si la enviaba a México o si la imprimía, ya que calculaba que doscientos ejemplares no costarían arriba de quinientos pesos. El ministro mexicano no mostró ningún interés, por lo que Tornel le escribió de nuevo, dando al hecho de poseer el manuscrito una gran relevancia —decía que no podía confiar a la pluma el medio por el que lo obtuvo— ya que, según él, el hallazgo produciría importantísimas investigaciones *sobre un viaje que ha dado tanto qué hacer a los especuladores norteamericanos*.⁴

Anastasio lo confirma como plenipotenciario

Después de tres meses de haberse presentado en Washington, el 24 de mayo de 1830, Alamán le comunicó que podía continuar en el desempeño de la legación y le dio nuevas órdenes. Investido oficialmente con el cargo, Tornel hizo un voto de fe republicana: visitó el sepulcro de George Washington y cortó algunas ramas de los árboles sembra-

² *Ibid.*, LE-367-2, 6 de marzo de 1830.

³ Biblioteca del Congreso, Washington, *Division of manuscripts, Revillagigedo Collection*, MMC2768.

⁴ Archivo de la Embajada de México en los Estados Unidos de América (AEMEUA), caja 17, exp. 1, y AHSRE, LE-1056-2.

dos sobre la tumba, que envió a Alamán para que las depositara en el Museo Nacional. Cuando llegó el verano, adoptó la *moda de la diplomacia* e hizo un viaje a Nueva York y a Canadá. Para el mismo museo, envió *curiosos artefactos* de los indios que habitaban las riberas del río San Lorenzo: una pipa, zapatos, guantes, canastos, una bolsa de piel para cazador.⁵ Sin embargo, nada de esto llegó a México ya que, según diría Tornel, se perdieron en la goleta *Newse*.

Entre carta y carta, se atrevía a dar consejos a Alamán sobre la política internacional que debía seguir México con respecto a la revolución que vivía Francia, porque —y esto lo repetía frecuentemente— sus deseos por que hubiera estabilidad eran sinceros y, aunque no aspiraba a desempeñar *el gratuito oficio de consejero del gobierno*, creía que era necesario que la administración de Bustamante se apoderara de la revolución, quitándosela a los ayuntamientos, los prefectos y los alcaldes de los pueblos.⁶

En términos generales, sus negociaciones con el gobierno de los Estados Unidos no fueron muchas. De acuerdo con los dictados que se le impusieron, entregó una carta al presidente Jackson en la que le pedía que intercediera ante España por el reconocimiento de la independencia de México y la de otros países americanos o que, por lo menos, se acordara con los españoles una tregua de treinta años. Lo único que obtuvo fue que el presidente norteamericano lo oyera y respondiera una carta al de México en la cual se daba por enterado. Sin embargo de esto, construyó una escena en la que se pintó como el que había concluido una misión hartamente difícil, y así dijo a Alamán: *Sírvase V. E. felicitar al vicepresidente por este nuevo y feliz suceso y manifestarle que me contemplaré dichoso si he llenado sus órdenes, al tiempo que me reitero a las de V. E. y le protesto mis justas consideraciones.*⁷

En comunicación con el Departamento de Estado de Washington, protestó a su encargado Van Buren porque varias tribus de indios de los Estados Unidos —shawnees, kickapoos, delawareos y cherokees, mosdagees y creeks— se aproximaban a la frontera y porque ochocientas familias de cherokees y setecientas de mosdagees y creeks habían pasado a México. El gobierno de los Estados Unidos no dio relevancia a este reclamo y fueron los mexicanos los que insistieron en defender a México de estas entradas. A mediados de 1830, Tornel informaba ingenuamente que le había seguido los pasos a Poinsett y que el hijo de Iturbide estaba todavía hacia el primero de julio en Cartagena. Junto

⁵ AEMEUA, caja 17, exp. 2.

⁶ AHSRE, 1-2-518, y AEMEUA, caja 17, exp. 1.

⁷ AEMEUA, *ibid.*

con su esposa, había acompañado en algunas ocasiones a la viuda del ex emperador y por ella se enteró de que el heredero de Agustín estaba pensando ofrecer sus servicios a México. Detallaba también, como se lo habían pedido, las acciones de Simón Bolívar.

Un asunto entre él y Alamán reveló un aspecto de su carácter: la vanidad. Como escribía sus cartas sin numerar o sin aclarar si se trataba o no de comunicaciones reservadas, Alamán le pidió que ordenara su correspondencia. Tornel respondió que seguramente se habrían perdido sus pliegos, pero que le parecía una *falta menor* no indicar si una comunicación era reservada. Sin embargo, a partir de entonces fue muy cuidadoso en ese sentido.⁸

El hipócrita chanceado

Tampoco debió de gustarle otra comunicación reservada de Alamán, en la que le pidió que informara detalladamente lo que había aparecido en la prensa mexicana sobre su asistencia a un convite que ofreció Poinsett en la ciudad de Filadelfia. La sorpresa de Tornel estaba, más que nada, en confirmar que el gobierno recibía información sobre su persona y que los periódicos la daban a conocer. En su respuesta al ministro, intentó definirse frente a Poinsett. Dijo que fue a la reunión después de meditarlo mucho, aun sabiendo que podría sufrir ataques y que *sacrificó su reputación en obsequio de sacar ventajas para su patria*. Pensaba que un plenipotenciario debía ser *hasta hipócrita* y ser conciliador en los convivios que eran, según él, el teatro de las intrigas diplomáticas. Aclaró que a Poinsett sólo lo vio al momento de sentarse a la mesa y que en esa ocasión no hizo ningún brindis. Se extrañaba de que le pidieran cuentas por eso y ponía de testigos a los mexicanos Herrera y Bocanegra, quienes podían atestiguar que él pidió a Guerrero la destitución de Poinsett. Agregaba, por otro lado, que Poinsett había prestado servicios a la embajada mexicana en los Estados Unidos ante la falta de comunicaciones. Por esto, lo invitó a su casa en Baltimore y allí sí dedicó un brindis astronómico: *Mi toast — así, con esa palabra — fue el siguiente: A la felicidad de los Estados Unidos, que ellos y México sean siempre amigos y que como los astros del firmamento, brillen sin eclipsarse entre sí y sin eclipsarse jamás.*⁹

Pocos meses después de esto, se llevaría la peor de las sorpresas al enterarse que toda su correspondencia perdida estaba en poder de

⁸ AHSRE, LE-367-2, y AEMEUA, caja 17, exp. 2.

⁹ AEMEUA, caja 17, exp. 1.

Joel R. Poinsett, quien era el que realmente lo vigilaba a él. Trató de ocultar su rabia escribiendo a Alamán que él nunca dudó de la perniciosa intervención de Poinsett en los negocios mexicanos, aunque reconoció que sobre ese ministro había dado informes imparciales. Creía que el *chasco* sólo se lo habían llevado los que en México lo llamaban su amigo, y que desde fines de junio no había visto a Poinsett más que por *sacar algún partido en obsequio de mi patria*. Insistió a Alamán que en su correspondencia sólo hallaría la verdad.¹⁰

Sin embargo, empezó a perder apoyo por parte del gobierno mexicano. En el periódico oficial apareció por esos días una crítica a Tornel en el sentido de que pertenecía al grupo de los desorganizadores políticos. Al saberlo, José María se mostró enormemente preocupado por su honor. No podía entender que desconfiaran de él, si había protestado lealtad a la nueva administración. Humillado y *mortificado* escribió *por motivos de delicadeza* una queja al ministro Alamán, en la que decía no comprender cómo el gobierno consentía en *su desdoro* si él había merecido su confianza. Pedía una *indemnización* en los términos que fueran, porque para él *el honor es más sagrado y valioso que su misma vida*.¹¹

Sus enemigos yorkinos —no tan antiguos correligionarios— Zavala, Alpuche, Pedraza y Zerecero se encontraban también en los Estados Unidos; cada cierto tiempo, Tornel enviaba a México información sobre sus actividades. Denunció además que el secretario de la legación, Mejía, estaba de acuerdo con ellos. Mientras tanto, Zerecero publicó en Nueva York, hacia los primeros días de noviembre de ese 1830, un folleto en donde criticaba la actuación de Tornel como plenipotenciario. El embajador tuvo que defenderse, por lo que escribió que estaba muy *distante* de ser un faccioso o de haberlo sido. Por eso comprometió al editor de *El Mercurio* de Nueva York para que hablara bien de él y de la administración mexicana. Sin embargo, para lograr esto tuvo que negociar. El periódico aceptó la propuesta de Tornel a condición de que el gobierno mexicano se suscribiera con cien ejemplares por un año, pagando setecientos pesos. A José María le parecía una suma ridícula que garantizaría a cambio un periódico consagrado a la defensa del gobierno. Le sugirió a Alamán que no se preocupara por el gasto, ya que podría fácilmente obligar a los gobiernos de los estados a que se suscribieran al periódico.¹²

Después, se sintió *mortificado* porque no informó primero a México, por no saberlo, de un folleto de Alpuche que, editado en los Esta-

¹⁰ AHSRE, LE-1056-2.

¹¹ AEMEUA, caja 17, exp. 2.

¹² *Ibid.*

dos Unidos, proponía un plan monárquico en favor de José Bonaparte. Para *hacer honor a su delicadeza*, mandó una carta de un vicescánsul mexicano, en la que se acreditó que el asunto se había mantenido reservado.¹³ Con vanidad y resentimiento, concluyó que le complacía que al gobierno mexicano no le faltaran noticias oportunas de todo.

Cuentas claras

Seguía molesto por tener que pagar los gastos de casa y de transporte de su secretario, quien iba con su señora, dos niños, una criada y un amigo. Tornel, por su parte, viajó con toda su familia y dos criadas; además de él y su esposa Agustina, llevaba a cinco hijos de los siete que habían procreado hasta ese momento: José María, Guadalupe, Agustín, Manuel y Victoria.¹⁴ Antes de conseguir vivienda se había hospedado en un caro hotel de Baltimore.¹⁵ Después, eligió en esa ciudad una *casa de las mejores*, porque era ahí donde vivían los elegantes que trabajaban en Washington. Compró entre otras cosas, muebles de caoba, una cama grande con cortinas, floreros de alabastro, un gran espejo con marco dorado, cortinas de damasco y muselina, alfombras de Bruselas. Llevaba gastados cinco mil seiscientos pesos y todavía no compraba equipo de invierno para su familia y su casa. Según él, Mejía tendría que vivir con él, porque con los escasos cuatro mil pesos que restaban era imposible instalarlo en una residencia. Por su parte, el secretario optó por residir en Nueva York donde estableció contacto con Zavala y Alpuche.¹⁶

Dado que en la cuenta de gastos de la legación Tornel agregaba los costos de sus traslados a Washington, le dijeron desde México que no se los podían admitir porque no tenía necesidad de residir en Baltimore. Tampoco le aceptaron los gastos que había hecho para comprar estantes para la secretaría de la oficina, ya que el pago lo debía hacer de la cantidad que se le dio para establecer casa. Furioso, Tornel se

¹³ *Ibid.*, caja 19, exp. 2.

¹⁴ Su hijo Mariano, que fue el cuarto de la serie, sólo vivió cuatro años y meses, y María Trinidad del Pilar, la quinta hija, murió a pocas horas de nacida. En 1835, ya de vuelta en México, nacerá su octava hija a la que llamarán Mariana.

¹⁵ José María Tornel, "La ciudad de Baltimore en 1831", *El Mosaico Mexicano*, t. 3, 1840. Aquí cuenta que vivió tres meses en el hotel de Mr. Barmun, "que es el mejor, más extenso y el mejor atendido de toda la Unión", p. 332. Quedó tan impresionado por esa ciudad, que escribió en este mismo texto que "si las tempestades de mi patria alguna vez me arrojaran a una costa extranjera, deberé por gratitud buscar en Baltimore mi hogar y mi asilo", p. 332.

¹⁶ AEMEUA, caja 17, exp. 1, y AHSRE, LE-1715-4.

ensañó contra Mejía, el secretario de la misión, y lo acusó de haber abandonado su puesto.

Desde agosto anterior se quejaba de que el capital no le alcanzaba y había pedido que le franquearan todo lo que había dado a Mejía. El problema más grave era que desde hacía tres meses no enviaban su sueldo y le parecía que sería humillante mendigarlo, ya que creía que el representante de México, para ser independiente, no debía tener obligaciones. Sospechaba que no le pagaban porque el gobierno mexicano ya no tenía interés en sus servicios.

El 13 de febrero de 1831, Alamán le notificó que estaba admitida la renuncia que había hecho del cargo, aunque no queda copia ni huella de que la hubiera redactado Tornel. Su sucesor, José María Montoya, era viejo empleado de la legación, y le llevaría la carta de despedida que debía dar al presidente de los Estados Unidos. Eso significaba que tenía que permanecer allá en tanto llegaran la misiva y las órdenes que le serían enviadas por el ministerio de Guerra.¹⁷ De nuevo se refirió a su honor por faltarle el sueldo y la confianza del gobierno. Aparentaba que no estaba afectado ya que escribió que, *muy al margen de los destinos del honor*, reiteraba su adhesión y respeto al gobierno de Bustamante, quien había dado rango a México. Diría, por último, que no había hecho otra cosa más que trabajar por el honor de la patria.

Tornel se enteró a mediados de febrero de 1831, estando en los Estados Unidos, de que Vicente Guerrero “había caído en manos del gobierno”. Alamán se lo comunicó desde fines de enero y le pidió que lo hiciera público en los periódicos. También recibió la noticia por medio del cónsul mexicano en Nueva Orleans, Francisco Pizarro —que debía ese nombramiento a Tornel—, quien le dijo que se congratulaba con la “interesante noticia” de la prisión de Guerrero. En su respuesta, Tornel escribió al cónsul que dejaba de sentir el infortunio de Guerrero, porque esperaba que la patria comenzara a disfrutar de la paz que tanto necesitaba. Creía que ya era tiempo de gozar de los bienes *que promete el justo gobierno que hoy rige nuestros destinos*.¹⁸

Mientras llegaba Montoya a sustituirlo, seguía representando a México. A su anuncio que publicó por esos días Lorenzo de Zavala en la prensa norteamericana, en el cual decía estar autorizado para vender terrenos en Texas, Tornel hizo pública una protesta. Después, el 15 de febrero de 1831, escribió al ministro que cumplía *con el melancólico deber de anunciarle* la muerte del libertador de Colombia, Simón Bolívar, acaecida dos meses atrás, y a cambio le comunicaron que Busta-

¹⁷ ADN, *Cancelados*, exp. XI/111/1-93, t. 1, 13 de febrero de 1831.

¹⁸ AEMEUA, caja 17, exp. 1.

mante había nombrado a Agustín de Iturbide, hijo, para ocupar la secretaría de esa legación. Mientras, en la ciudad de México corría el rumor de que Tornel había recibido una paliza en Filadelfia, por haber insultado a un angloamericano.¹⁹

Al entregar formalmente la legación, Tornel escribió una carta al gobierno mexicano en cuyo borrador había escrito que renunció por la desconfianza que tenían de sus luces y no porque pensara que no podía servir al gobierno con mayor empeño. Ya en limpio lo pensó mejor y omitió esta frase, y agregó que, si era verdad lo que Alamán aseguraba en el sentido de que Bustamante decía estar satisfecho con su encargo, él había obtenido la más bella recompensa a que podía aspirar. La misiva de Bustamante en la que anunciaba la despedida de Tornel decía que los intereses de la República exigían destinarlo a otro servicio, si bien había hecho su trabajo con celo y exactitud.²⁰ Éste entregó a su sucesor su correspondencia pública y reservada con inventario, el tratado de límites entre los Estados Unidos y México y las instrucciones que le dieron Guerrero y Bustamante.

Los trapos sucios se lavan en casa

Tornel tuvo tiempo para traducir del francés el diario de viaje de M. La Salle, escrito por Joutel, y lo editó en Nueva York en 1831. Nunca confesó públicamente que lo encontró el cónsul mexicano en Nueva Orleans, Francisco Pizarro. En la dedicatoria a Manuel de Mier y Terán, puso un epígrafe en latín que era un mensaje al desprecio de Alamán por publicar la obra: *et voluisse sat est*, y haber querido es suficiente. En ella anotó lo que para él era el oficio de traductor, actividad a la que se había dedicado y dedicaría a lo largo de su vida. Él se desviaba *lo menos posible del original*, y no se permitía las licencias que Diderot aconsejaba a los traductores en el sentido de salirse de la literalidad.

¹⁹ Carlos María de Bustamante, *Diario...*, *op. cit.*, martes 8 de marzo de 1831. William Martin Fowler sugiere que esa golpiza pudo deberse a que embarazó a una mujer, e infiere esto por el hecho no probado de que Tornel adoptaría tiempo después a un joven norteamericano John Hill. Véase José María Tornel y Mendívil, *Mexican General/Politician (1794-1853)*, p. 135. Se basa en la opinión de A. M. Gilliam, en *Travels in Mexico during the years 1843 and 1844*, que dice que Tornel adoptó a un adolescente en 1843, “un año después de que su esposa Agustina murió”. Agustina falleció en ese mismo 1843. Además, Waddy Thompson, a quien también cita Fowler, dijo que, cuando llegaron a México los prisioneros texanos en 1842, venía entre ellos John Hill, que fue adoptado por Santa Anna, quien a su vez lo envió a vivir en casa de Tornel, donde fue muy bien tratado.

²⁰ AEMEUA, caja 19, exp. 2.

En el mes de mayo de 1831, hizo un viaje a Nueva York. Ahí conoció un *Manifiesto* que acababa de publicar Manuel Gómez Pedraza en Nueva Orleans, en el que un actor principal de sus páginas era José María Tornel. De él decía que jamás había tenido fe política; que fue instrumento ciego y pasivo de los yorkinos; que fue el creador de los elementos que produjeron la catástrofe de diciembre, entre otras cosas, por manejar las milicias cívicas, y que había causado grandes males a la patria, de los que no podía responder.

Tornel decidió *deshacer estos equívocos* publicando su defensa en *El Mercurio* de Nueva York, pues los argumentos de Gómez Pedraza herían profundamente su corazón. Le parecía una verdad triste el que los mexicanos que vivían en los Estados Unidos desacreditaran a su plenipotenciario. Le recriminaba haber publicado en los Estados Unidos cuando, según él, no tenían por qué ventilarse *relatos tristes y apasionados* sobre México. Consideraba que los norteamericanos eran sobrios y circunspectos y condenaban o despreciaban a los apasionados que le *revelan al mundo las vergüenzas de su patria*. Le pronosticó que caerían sobre él muchos disgustos, porque *ha ofendido al menos uno de cada casa*. Creía que nadie podría encontrar la orden que le atribuía de haber creado los elementos para la catástrofe de diciembre. Tornel subrayó que su parte consistió en ir a La Acordada a *predicar a los levantados*, y que eso dio a entender a los amotinados que el gobierno carecía de soldados y cañones. Culpó a Pedraza de haber defendido sus once votos con arengas. Reveló al público que Gómez Pedraza le ofreció apoyo para solucionar su cese como gobernador el mismo día que supo que tenía la mayoría de votos para la presidencia del país, y agregó que lo rechazó porque se sentía inocente. Dijo que si le contestaba se debía a que era su *afecto servidor*. Como Gómez Pedraza escribió en su *Manifiesto* sobre las tristes reflexiones a que se entregó su alma bajo un árbol, Tornel le contestó que confesaba, *sin llorar, que he cometido errores, aunque mi conciencia estará más tranquila que la de usted en la memorable noche que, entregado a las más melancólicas reflexiones, pasó debajo de un árbol*.²¹ Con burla, diría tiempo después que Pedraza parecía *otro Mario sentado bajo las ruinas de Minturno*.

¿Y qué fue del poderoso caballero don dinero?

Enfrascado en sus traducciones y polémicas, seguía sin recibir su sueldo, por lo que escribió a Alamán que sospechaba que sus intenciones

²¹ Biblioteca Nacional de México, *Fondo Lafragua, Carta del Sr. Tornel sobre el manifiesto del Sr. Pedraza*, México, Imprenta de Galván, 1831.

eran personales e interesadas por la diferencia de opiniones políticas que habían tenido en el pasado. Del *escaso* dinero suyo que llevó a los Estados Unidos — mil pesos en plata labrada — ya no le quedaba nada. Confesó que su patrimonio lo había gastado en sostener un lujo funesto, dados los importantes cargos que había ocupado. Se pintó como un hombre que había tenido que cambiar su carácter condescendiente al llegar a un mundo hostil que lo había obligado a ser fiero. Pidió que le mandaran cuatro o cinco mil pesos, para no tener que marcharse sintiendo que perdía todo lo que había trabajado por el honor de la nación. Firmó declarándose el más fiel servidor. Ese mismo día le escribió por el mismo motivo a Anastasio Bustamante y le dijo que, sin capital, se vería precisado a partir arriesgando a su *larga familia* a los peligros del vómito prieto. Sentía que su desesperada situación económica le había puesto una sogá en el cuello y le pidió que no olvidara que era su amigo.²²

Tornel tuvo que pedir a Pizarro, cónsul en Nueva Orleans, que le enviara en préstamo dos mil pesos del dinero del Banco de Avío que le habían mandado para comprar maquinaria. Además de que recibió este capital, escribió a Alamán pidiendo su sueldo y le comunicó que pensaba quedarse un tiempo más en los Estados Unidos. Alamán respondió que le mandarían lo que le restaba y que le parecía conveniente que se quedara allá después de dejar la legación. Le reiteró que podía estar seguro de que no le faltaría su sueldo de coronel. Tornel se quejó de que sería un salario que no le permitiría pagar un hotel al tiempo que informó que tardaría en vender los muebles. Alamán le respondió que los muebles eran propiedad de la nación y que debería entregarlos inventariados a su sucesor, ya que no sería decoroso para México que su legación viviera en un hotel por falta de mobiliario. Resentido, Tornel contestó diciendo que no dejaría la casa inmediatamente, ya que, si se quedaba en los Estados Unidos, no era por su voluntad. Hacia finales de mayo de 1831 llegó su sucesor Montoya, y pocos días después Tornel presentó su despedida al presidente de los Estados Unidos. Sin embargo, tardaría todavía más de tres meses en entregar los muebles a Montoya. En varias ocasiones había puesto fecha para hacerlo, pero siempre la posponía con cualquier pretexto. El último de ellos fue argumentar que una repentina enfermedad de su esposa la tenía en cama y era imposible salir.²³

Sus relaciones con Montoya no eran buenas. En una ocasión se entrevistaron en casa de éste, en cuya habitación Tornel olvidó *sobre el*

²² AHSRE, LE-1715-4.

²³ *Ibid.*, y AEMEUA, caja 19, exp. 3.

colchón su umbrella y su peticoat. Aunque habían quedado de despedirse de manera formal, Tornel le escribió diciéndole que no acudía personalmente a dar su *farewell*, porque, como sus criados no aparecían, no podía dejar solos a sus hijos, *que son muchos*. Le pidió que enviara sus objetos olvidados a la casa de la mujer de Iturbide. En otra misiva, Tornel le dijo que sentiría mucho que se quedaran disgustados, pues, según él, no había motivo para ello.

Seguía reclamando un adeudo de salarios por tres mil trescientos pesos. En México hicieron cuentas y le informaron que sólo le debían mil ciento ochenta y cinco pesos que le serían liquidados, por lo que protestó infructuosamente. El 18 de noviembre de 1831, el cónsul de la República en Nueva Orleans informó que ese día se presentó Tornel sin dinero, argumentando que lo necesitaba para transportarse a Veracruz, por lo que le pidió quinientos pesos prestados. Éste se los dio de los fondos que el gobierno de México había asignado para reembarcar a familias mexicanas desvalidas. Le aclararon que esa suma le sería descontada de su liquidación, a menos que comprobara los gastos de su traslado.²⁴ Tornel nunca mencionó este préstamo y dijo después que fue la viuda de Iturbide quien le prestó mil pesos para poder volver a México.

El 19 de noviembre, se embarcó en el puerto de Nueva Orleans en el bergantín mexicano *Bello Indio (a) General Santa Anna* y emprendió camino hacia Veracruz. Para mediados de diciembre ya se le veía por Jalapa. El 23 de ese mes, pidió audiencia al ministro Facio. Desengañado, solicitó días después al Ministerio de Guerra una licencia de cuatro meses para la capital y sus inmediaciones, porque dijo que en los Estados Unidos contrajo una enfermedad que se había agravado con el cambio de clima y con los trabajos de navegación. Recordó que, desde que cesó como plenipotenciario, debió empezar a correr su sueldo militar y sus peticiones fueron aceptadas.²⁵

Político en la banca: filósofo en cierne

El vaivén de la política lo llevó por lo pronto a dedicarse a los libros y a publicar documentos y textos que consideraba valiosos. Reimprimió la carta que dio a conocer en *El Mercurio* de Nueva York sobre el *Manifiesto* de Gómez Pedraza. Cuando estaba en los Estados Unidos, recibió de Europa el *Diccionario universal de las ciencias morales, económicas, políticas*

²⁴ AHSRE, LE-1715-4.

²⁵ ADN, *Cancelados*, exp. XI/111/1-93, t. 1.

y diplomáticas, obra colectiva del siglo XVIII francés. Creía que él poseía el único ejemplar y por eso tradujo de él un discurso anónimo que tenía por objeto vindicar la filosofía. A Tornel le parecía interesante que, en este trabajo, Diógenes no apareciera como un hombre extravagante y que Epicuro no fuera más el emponzoñador del género humano. Introdujo el texto con una “Carta a Juan Rodríguez Puebla”, a quien lo dedicó. A él le dijo que, con esa traducción, contribuía a que se conocieran las rectas intenciones de los que influían en la difusión del conocimiento para alcanzar la libertad y para que *la santa religión brille con más pureza frente a la impiedad*. Preocupado por su honor, escribió que hacía la traducción por una *necesidad invencible de hacer un servicio a su cara patria, y para desmentir las suposiciones gratuitas de los que lo quieren ver empleado lejos de los principios que han caracterizado su vida pública*.

También hizo otra traducción muy interesante de la obra *Ensayos*, del estadista inglés Francis Bacon, escrita entre 1597 y 1625. Del total de 58 ensayos, Tornel tradujo sólo 26. No indicó la fuente de donde los tomó, ni informó que de los que seleccionó algunos no los tradujo completos, ni, por último, por qué cambió su título a “Pensamientos filosóficos”. Además, los dio a conocer erróneamente como obra del franciscano y sabio inglés del siglo XIII Roger Bacon.²⁶

Gran parte de la fama de Francis Bacon (1561-1626) descansaba en esa obra que se refería a temas muy variados, entre los que estaban la verdad, la muerte, el amor, las riquezas, la honra, la virtud y el poder. A Tornel le parecía que Bacon era *uno de los más sobresalientes ingenios que ha producido Inglaterra*. Es notable el enorme parecido entre ambos. Los contemporáneos del inglés dejaron testimonio de que se había tratado de un moralista que no hacía caso de los consejos que daba a los demás. Fue pintado como un hombre ambicioso, obsesionado por tener el favor de la reina, a la espera de cualquier oportunidad política para medrar. Una vez en el poder, no supo ser leal a la confianza que depositaron en él. Cuando se retiró, decidió publicar su filosofía.

Desde su propio retiro, Tornel se hizo filósofo. Dedicó la traducción de Bacon a su amigo José María Bocanegra, porque compartía con él y con el propio estadista inglés el infortunio. El porqué de la dedicatoria se encuentra en el que numeró como capítulo tercero de los ensayos y que se titula “Del infortunio”. La desdicha de Bocanegra databa desde que fue nombrado presidente interino, cuando Guerrero salió a combatir al sublevado vicepresidente Anastasio Bustamante. Entonces, un grupo de militares pidió que se hiciera nula la elección y

²⁶ [Roger] Bacon, *Pensamientos filosóficos*, México, Imprenta de Alejandro Valdés, a cargo de J. M. Gallegos, 1832.

Bocanegra fue depuesto por el Consejo de Gobierno. El infortunio de Tornel era haber sido despedido.

Tornel se identificaba con la frase de Bacon que decía que los cuerpos olorosos nunca derraman más perfume que cuando se les mueve o son quemados. También pensaba que le sentaba bien la expresión: “La prosperidad saca a luz a los vicios y el infortunio a las virtudes.” Sin embargo, no dio a conocer los ensayos baconianos que aconsejaban a los poderosos sobre los vicios y virtudes de la autoridad.

Creó con Bacon que el género humano se perpetuaba por el amor conyugal y se perfeccionaba por el amor social, y que se corrompía y deshonoraba con el amor sensual. Despreció la venganza y criticó a los que habían hecho una fortuna rápida e inesperada. Censuró a los que se atribuían los logros de los otros y a los que servían para poner en acción la fama o que difundían con prisa alguna opinión. Mucho menos se sintió aludido cuando escribió lo negativos que eran los que se vanagloriaban de hacer creer a los demás que poseían más influencia de la que en realidad tenían, ni cuando dijo Bacon que la fama que preconizaba los talentos de algún hombre siempre contaba con algunas plumas ostentosas que la sostenían.

Resulta interesante echar una ojeada a algunas de las frases de Bacon que no fueron objeto de la traducción de Tornel, como la que señalaba que “todo aquel que fuera variable y que cambiara ostensiblemente sin causa manifiesta, daría sospechas de corrupción”, o aquella que decía que era mucho mejor “buscar el mérito que la fama”.

Tornel se instaló en una casa que sus enemigos llamaron “magnífica”, enfrente del seminario, y adquirió un coche. Terminados los cuatro meses de licencia pidió una prórroga por el mismo tiempo, con todo el sueldo de su empleo. Como se la negaron, el 14 de mayo de 1832 comunicó que se daba de alta en la siguiente revista, quedando “sujeto” a la Secretaría de Relaciones Exteriores.²⁷ Su única aparición pública en todo el año de 1832 fue en el festejo del 16 de septiembre, para el que preparó un pequeño discurso que pronunció, junto con el de seis o siete oradores, en la función cívica de la Universidad.

El primer testamento de un patriota republicano, con santoral político

Tampoco el gobierno del vicepresidente Bustamante estaba destinado a ser muy largo. En agosto de 1832 tuvo que salir a combatir a los sublevados contra su administración. Cuatro meses después se firmaban los

²⁷ ADN, *Cancelados*, exp. XI/111/1-93, t. 1, 1832.

convenios de Zavaleta —uno de cuyos principales jefes era Santa Anna—, en los cuales se desconocía a Bustamante y se declaraba presidente legítimo a Manuel Gómez Pedraza, quien gobernaría hasta el primero de abril de 1833, fecha en la que terminaba su mandato oficial.

Tornel se unió al plan de Zavaleta, porque lo consideraba, según él, un medio para el restablecimiento de la paz.²⁸ En dicho plan se proponía que serían convocadas elecciones para presidente y vicepresidente de la República para el siguiente cuatrienio. Mientras éstas se realizaban, Tornel pidió una licencia por un mes para pasar a Orizaba, Córdoba y Tehuacán, porque, según su argumento, en los últimos once años que había estado en el servicio público había *descuidado sus intereses*.²⁹

El 30 de marzo de 1833 se conocieron los resultados: Santa Anna y Valentín Gómez Farías, para la presidencia y la vicepresidencia del país. Tornel expuso inmediatamente los motivos de su vida pública, en un texto de setenta y cuatro páginas que tituló *Manifestación*. Se trata de su primer testamento político, que se puede reducir al epígrafe que en latín toma de *Vida de Julio Agrícola* de Tácito: *Plerique suam ipsi vitam narrare, fiduciam potius morum quam arrogantiam arbitrati sunt* (La mayoría ha pensado que narrar ellos mismos su vida es más confianza en sus costumbres que arrogancia). Es uno de sus textos más abundantes en latines, que le sirvió para manifestar, entre otras cosas, sus deberes para con la patria. Creía necesario hacer un balance de su administración como gobernador del Distrito, entre 1828 y 1830 —volvió a negar que hubiera sido acordadista—, y de su actuación como plenipotenciario en los Estados Unidos: en ambos destinos manifestaba que *siempre sirvió a la patria y no a los hombres*. Con respecto a los Estados Unidos, sostenía, contradictoriamente a lo que decía cuando era plenipotenciario, que no había el menor motivo para temer que intentaran a mano armada despojarnos de una parte del territorio, porque su política hacia México era franca, noble y desinteresada. Creía firmemente que era cordial el deseo de aquel país por consolidar en toda América la libertad. Reconocía que una herencia que trajo de los Estados Unidos era su firme adhesión al sistema de repúblicas federadas, porque *palpó sus ventajas y prosperidad*.

Al narrar la invasión de Barradas en 1829, dijo en ese mismo testamento que el triunfo glorioso, inmortal y decisivo de Santa Anna consolidó la obra de los Hídalgo, Morelos e Iturbides. Con ese acto, creía que *Santa Anna asoció un nombre ya ilustre a los fastos de su noble patria*.

²⁸ José María Tornel, *Manifestación*, México, s. p. i., 10 de mayo de 1833, p. 59.

²⁹ ADN, *Cancelados*, exp. XI/111/1-93, t. 1, 22 de enero de 1833.



7. Antonio López de Santa Anna

Aunque se reconocía como un consejero amistoso de Vicente Guerrero, pensaba que éste no fue el hombre fuerte que requerían las circunstancias y que su ruina estuvo en haber confiado demasiado en su popularidad. Contó que, cuando fue nombrado plenipotenciario en los Estados Unidos, al despedirse de Guerrero presintió que no volvería a verlo: *yo he amado mucho a ese hombre extraordinario*, apuntó.³⁰ Decía ahora que, como agente de la República, tuvo noticia de la prisión de Guerrero y que se estremeció por su suerte, y que lo primero que se le ocurrió fue ir a Washington a pedirle al presidente Jackson —amigo de Guerrero— que despachara un buque a Veracruz y abogara frente al gobierno por el héroe del sur, y que, sin embargo, no lo hizo porque al día siguiente publicaron los periódicos de Baltimore *la decapitación [sic]* de Guerrero en Cuilapan, lo que le pareció un escándalo, un atentado.³¹

Antonio y Cicerón

El efecto de su escrito tuvo una respuesta inmediata: dos días después de aparecida su publicación, Antonio López le pedía que se encargara del discurso que debería pronunciar ante las cámaras el 16 de mayo, en su toma de posesión como presidente de la República. La pieza oratoria que hizo Tornel para su jefe estaba dirigida a los diputados y a los senadores y es una síntesis de lo que pudiera llamarse la ideología de Santa Anna. Empezaba con un juramento ante Dios y ante el pueblo de cumplir con sus obligaciones, que invocaba la ayuda de la Providencia, “esa suprema sabiduría de Dios que dirige todas las cosas y que ha estado del lado de los mexicanos desde que lucharon por su independencia y en el combate por recobrar su libertad perdida” y que ahora hacía posible que reinara la concordia y que su gobierno comenzara en paz.

La nación era, en este discurso, la que distinguía con su confianza a los políticos, y el pueblo la única fuente de autoridad y de poder, por cuya voluntad se conferían puestos de “sublime honor” a quienes se declaraban obedientes a sus mandatos. Dijo que el único y sagrado objeto de su vida era afianzar en los mexicanos el pleno goce de sus derechos para que hubiera felicidad. Se ofreció como un combatiente de la ignorancia, de la tiranía y del vicio. Prometió guardar y hacer guardar la Constitución de la República, porque, para él, la verdadera

³⁰ José María Tornel, *Manifestación*, op. cit., p. 39.

³¹ *Ibid.*, p. 29.

gloria era mantener al pueblo en la tranquila posesión que quiso darse. Creía que México tenía un genio tutelar que inspiró prudencia y acierto a sus legisladores, quienes prefirieron un sistema de gobierno con un poder subdividido que inutilizó a los tiranos. Por eso, no permitiría otra forma de gobierno que la aclamada por la nación. Ofreció libertad, la defensa de los derechos individuales y la igualdad de todos ante la ley, como beneficios que pensaba transmitir a la posteridad. Hizo una profesión de fe católica porque pensaba que la religión era el sostén de la libertad del hombre. Prometió reorganizar y recompensar al ejército, al que consideraba como un firme sostén de las instituciones y que atendería en primer lugar la educación, para que el pueblo se solazara con la memoria de sus benefactores. Concluyó invocando a su sencilla fe política y a sus rectas intenciones.

El gobernador y la reivindicación de Jesucristo Guerrero

Tornel fue designado por Santa Anna oficial mayor del Ministerio de la Guerra, y pasó poco tiempo antes de que se desatara una serie de críticas a su variante actuación política. De nuevo defendió su *moralidad*, argumentando que el presidente estimaba verdaderamente sus servicios, y la prueba es que lo nombró gobernador del Distrito Federal.

En este nuevo cargo se preocupó por no coartar la libertad y por *no desconceputar* al gobierno. Se sentía promotor de un nuevo periodo de paz. Propuso, como en épocas anteriores, una gran redada contra la embriaguez. Explicó que el pulque podría venderse en las plazuelas en puestos portátiles y en las pulquerías, aunque sólo hasta las cinco de la tarde, y que hacía esto porque le preocupaban los vecinos honrados que tenían que padecer a los pobres que ensuciaban las calles y que reñían frecuentemente.

Pocos días tardaron sus enemigos en publicar una diatriba en su contra, acusándolo de haberse enriquecido en sus cargos públicos. Desde el título se anunciaba el contenido: *Cuando hay modo de tener, nada detiene a Tornel*. Decían que había vinculado su patrimonio con el gobierno del Distrito y que se había hecho célebre por su habilidad de plegarse a todas las circunstancias. El crítico se asombraba al recordar que en muy poco tiempo pasó de la mediocridad a la opulencia. Recordaban todos sus cambios políticos desde que fue insurgente hasta que procuró relacionarse con Santa Anna, quien, decían, fascinado con su astucia, lo sacó de la nada. Tornel no tuvo más remedio que revocar su decreto, sobre todo, con los rumores de que los afectados por la suspensión de la venta de bebidas preparaban un motín.

Sin embargo, don José María decía que él había nacido para ese puesto y que su fin era consolidar la tranquilidad pública. Hacia los últimos días de diciembre de 1833, cesó la licencia de portar armas y, a partir de ese momento, él era el único que podía permitir las. Mientras tanto, Santa Anna se había ido a su hacienda de Manga de Clavo y Gómez Farías se dedicaba a impulsar una serie de reformas que afectaban sobre todo a los militares y al clero.

Tornel se dedicó a promover que, en el lugar en el que estuvieron las imágenes de los virreyes en la sala capitular, se colocaran los retratos de Iturbide, de Santa Anna y de Gómez Farías, y pronunció ese día un discurso apologético dedicado al segundo de ellos. Calificó de sedicioso todo papel contra éste y contra él mismo —por esos días fue publicado *Luego que Gómez Farías se imponga de este papel, le dará el cholera morbus al gobernador Tornel*— al tiempo que se le acusaba de querer imitar en sus bandos al virrey Revillagigedo. Se decía que unía a su republicanismo y popularidad la petulancia teatral de los antiguos virreyes.³² Sin importarle gran cosa, Tornel concedió todo el mes de enero a los habitantes de la ciudad de México para que blanquearan sus casas, amenazando con multas a los desobedientes. En la prensa decían que los vigilantes nocturnos eran los principales asaltantes de la población, en medio de una ciudad mal alumbrada. Escribieron que era un político que no tenía don de gobierno y que sólo ostentaba autoridad.³³ Por todos lados le llovían ataques al gobernador. Un individuo, llamado Juan F. Piña, lo acusó en un folleto titulado *Pascuas al gobernador* de que no conocía las ordenanzas del ejército. En *La Lima de Vulcano* dieron cuenta de un robo ocurrido el martes de Carnaval en la calle de la Canoa, en el que los ladrones rompieron verjas y puertas, haciendo mucho ruido y necesitando para ello algo de tiempo. Notificaron a continuación que, mientras tanto, “el gobernador Tornel se hallaba a esas horas en máscara, sorbiendo helados, bebiendo sangría y entregado a los placeres de la mesa en la casa del general Barrera”.³⁴

Para conmemorar los tres años de la muerte de Guerrero, Gómez Farías decidió celebrar una fiesta cívica el 14 de febrero, proponiendo que se repitiese cada año. El orador oficial fue José María Tornel, quien ese día en la tarde presidió la procesión del Ayuntamiento hasta un tablado que se colocó frente a Palacio Nacional. Un crítico dijo que el público no sabía si había dado un sermón, una arenga, o una declamación. Los periódicos de oposición hicieron notar días después que se

³² *La Lima de Vulcano*, 22 de enero de 1834.

³³ *Ibid.*, sábado 3 de febrero de 1834.

³⁴ *Ibid.*

retardaba la publicación del discurso. Fue el mismo Tornel el que decidió por primera vez en su vida no dar a prensas sus palabras ante las críticas a su pieza oratoria,³⁵ ya que había comparado a Vicente Guerrero con Jesucristo, quien, según él, también fue sacrificado para salvar a su pueblo.

Jaque mate a las reformas liberales

Desde su retiro en Manga de Clavo, Santa Anna contaba en la capital con Tornel como pieza clave para acabar con las reformas liberales a la educación y al clero, que había impuesto el vicepresidente Gómez Farías. Paralelamente, varias poblaciones se pronunciaron con el lema “Religión, fueros y Santa Anna” que desembocó en la firma del Plan de Cuernavaca en mayo de 1834, que destituía al vicepresidente y rechazaba toda su política.

De inmediato la prensa liberal insinuó que Tornel había sido el protector de esa revolución al escribir muchas cartas, proponer nombramientos de jefes, remitir actas del pronunciamiento para que fueran firmadas y dirigir la tropa contra los estados fieles al presidente.³⁶ También sospecharon de su participación en el pronunciamiento algunos vecinos de la capital, que vivieron una especie de farsa la noche en que los barrios se adhirieron al Plan de Cuernavaca. Tornel aparentaba escuchar la ópera *Semíramis* de Rossini y, antes de que concluyera, sacó del Coliseo a su mujer, para dirigir las patrullas de más de seiscientos individuos que cuidaron que no hubiera desórdenes. A las cuatro y media de la mañana se anunció el pronunciamiento con pequeñas campanas a vuelo y cohetes. En los días que siguieron se fueron adhiriendo el Ayuntamiento y las parroquias.³⁷

El domingo 6 de julio de 1834 fue la gran ceremonia de acción de gracias por los actos del gobierno. Por bando, Tornel anunció que el presidente asistiría al triduo organizado por el “venerable cabildo”. Todas las autoridades debían estar a las ocho en punto de la mañana en la garita de Belén para acompañar desde ahí a Santa Anna a la catedral. Para que el acto religioso tuviera el lustre, magnificencia y decoro que se merecía, obligaron a los ciudadanos a adornar sus casas y a iluminarlas por la noche. Tocó también a Tornel publicar el decreto de Relaciones Exteriores que restablecía la antigua universidad que había

³⁵ *Ibid.*, sábado 22 de febrero de 1834.

³⁶ *La Oposición*, 17 de enero de 1835.

³⁷ Carlos María de Bustamante, *Diario...*, *op. cit.*, 15 de junio de 1834.

sido cerrada por las reformas. Por esos días, Gómez Farías abandonó la capital.

De algunas fiestas y pestes del régimen

Llegó el 11 de septiembre, aniversario glorioso del santannismo, en que se recordaba la acción de su jefe contra el español Barradas en 1829. Para la conmemoración de ese año, 1834, no faltó la función de catedral y una parada militar por la tarde en la Ciudadela. El Ayuntamiento, por órdenes de Tornel, organizó el acto. Del techo del recinto colgaban hileras de banderas y por distintos puntos fueron distribuidos enormes ramos de flores de campo. En el centro del salón fue colocado un pabellón de gasa y un sofá. Como llovía a cántaros, Santa Anna tuvo que quitar el agua de su uniforme antes de sentarse a escuchar una pieza discursiva del gobernador Tornel que aludió a uno de sus temas favoritos: arengar contra los reyes españoles. Formaron después a algunos de los que estuvieron en la batalla de Tampico para repartirles a cada uno un peso nuevo, que Tornel portaba en una bandeja. Cuando Santa Anna se dirigió a los ex combatientes, les habló de “vos”. El acto culminó con un ambigú, en el que se vio sentarse juntos a Tornel y al cura de la Veracruz, José María Aguirre, su feroz enemigo en 1828. De ahí todos salieron al Coliseo para escuchar y ver la ópera *Mahomet*.³⁸

El papel de Tornel como gobernador del Distrito era evitar cualquier crítica al gobierno de Santa Anna. Obligó a todos los que vendían papeles públicos a que sacaran una licencia del gobierno, quienes de no hacerlo serían arrestados por vagos y destinados al ejército. Desde mediados de octubre, preparando la seguridad de la época de las posadas, prohibió los cantos y procesiones que los jóvenes hacían con imágenes de barro de la virgen antes de la nochebuena — por lo que la gente le daba algunas monedas —, para impedir con esto manifestaciones públicas contra Santa Anna.³⁹

Don Antonio encargó a Tornel y al ministro Lombardo que redactaran una circular en donde se manifestara que el gobierno se oponía al cambio del sistema federal. Sin embargo, en reuniones privadas, Santa Anna decía que pretendía hacer reformas “dejando la apariencia del sistema”.⁴⁰ Mientras tanto, Tornel pidió que fuera traída a la

³⁸ *Ibid.*, miércoles 11 de septiembre de 1834.

³⁹ AGN, *Tranquilidad Pública*, caja 1834 y 1834 bis, abril, mayo y junio de 1834.

⁴⁰ Circular del 15 de octubre de 1834, en *El Telégrafo*, 17 de octubre de 1834.

capital la portentosa imagen de la virgen de los Remedios para rogarle que detuviera la epidemia de cólera que ya azotaba a las poblaciones cercanas. Le gustaban mucho los golpes sorpresivos: un día llegó de improviso a varias panaderías y verificó que el peso y el precio del pan correspondiera a las tarifas oficiales. Muchos panaderos fueron a la cárcel por alterar las pesas y por hacer mal pan. Asimismo, hizo una contrata con el coronel José María Barrera para alumbrar las calles de la ciudad con faroles de aceite y mechas, la cual fue duramente criticada por sus opositores, por las condiciones desfavorables del gobierno en ese negocio. Tiempo después, ese contrato fue nulificado.

El 26 de noviembre de 1834, Tornel renunció como gobernador del Distrito porque fue nombrado oficial mayor del Ministerio de la Guerra, encargado del despacho, que no era más que la antesala para ocupar el ministerio. En la Cámara de Diputados intentaron formarle causa por haber publicado por bando el decreto en el que Santa Anna, por sus fueros, reformaba al ejército sin consultarlo con los congresistas. Sin embargo, a Tornel se le veía muy favorecido por su jefe, quien lo invitó a la función religiosa-militar en la iglesia de Santo Domingo, en la que se bendijo la bandera que el presidente concedió al cuerpo de gendarmes.⁴¹

Ministro favorito y consejero de los interinos

El 3 de enero de 1835 José María Tornel tomó posesión, por primera vez, como ministro de la Guerra. Antes de ocuparse de este encargo, recibió el de escribir el discurso de Santa Anna para la ceremonia del día siguiente en la apertura de las cámaras. En uso de la palabra, Santa Anna recordó que no combatiría contra el sistema federal. Insistió en considerar a los mexicanos bajo los favores de la Providencia. La política — dijo — es una ciencia sublime, cuyo objeto es dirigir los intereses particulares hacia el bien general. Expuso que, ante el conflicto creado por las reformas, él fue señalado como la única esperanza de salud. Negó haber estado en connivencia con la revolución, y expresó que lo que hizo fue dirigirla a un fin racional y justo. Creía que la Constitución de 1824 contenía lo necesario para preservar a la sociedad, por lo que a los que querían un cambio de sistema les anunció que había que mejorar sin destruir. Anticipó, por último, “que la bancarrota del erario público había cesado”.⁴²

⁴¹ Carlos María de Bustamante, *Diario...*, op. cit., 29 de noviembre de 1834.

⁴² *El Telégrafo*, martes 6 de enero de 1835.

Tornel representó a Santa Anna en muchos actos. En una de las sesiones de la Cámara de Diputados entró acompañado de unos cargadores que traían un gran cuadro sin marco, el cual representaba la batalla de Tampico y el triunfo de Santa Anna sobre Barradas. Como tapaba la vista de los diputados que estaban en el solio, tuvieron que ponerlo casi en el suelo. Tornel pidió la palabra y dijo que el cuadro era un regalo de Santa Anna para adornar el salón, y que éste deseaba que no se perdiera la memoria de la defensa de la independencia a manos de mexicanos valerosos.⁴³

Poco después, Santa Anna salió para Manga de Clavo y dejó como presidente interino a Miguel Barragán. Mientras, hacia el final de marzo, Tornel aparecía en las listas de miembros de las recién creadas academias de la Lengua y de la Historia,⁴⁴ y leyó su *Memoria* como secretario de Guerra, a pesar de que apenas cumplía tres meses en el encargo. Era la explicación de los militares a propósito de los últimos acontecimientos. Dijo que la sublevación, con el Plan de Cuernavaca, contra Gómez Farías, fue una pelea del ejército por su existencia y sostuvo la necesidad de tener una fuerza numerosa permanente, porque, gracias al ejército, la sociedad no se había disuelto. Apologista del santannismo, convirtió la acción de Antonio López en Tampico en *la Victoria que más distingue en nuestros fastos militares*.

Durante los primeros meses del gobierno de Barragán, Tornel se presentó de oficio en las sesiones del Congreso a informar sobre distintos sucesos de armas a lo largo y ancho del país, aunque en sus noticias abundaban los pronunciamientos por el centralismo. Se describió públicamente como un moderado. Informó que cada día eran más los que se unían a las tropas del gobierno, que marchaban a combatir a los federalistas de Zacatecas. Cuando Santa Anna venció a esa ciudad, y antes de que el parte saliera de la imprenta, Tornel informó oralmente a los diputados. Después, propuso a Barragán que decretara, el 23 de mayo de 1835, que Antonio López de Santa Anna era benemérito de la patria y que su nombre se grabara en una columna que se había mandado levantar en Tampico con la siguiente inscripción: *En las riberas del Pánuco afianzó la independencia nacional en 11 de septiembre de 1829*.

Barragán decretó que el Congreso tenía facultades para reformar la Constitución. Algunas ciudades —Orizaba y Toluca— se pronuncia-

⁴³ *Ibid.*, 28 de enero de 1835. Este cuadro estuvo en la cámara hasta 1872, año en el que se perdió en un incendio de ese recinto.

⁴⁴ Joaquín Baranda, *Recordaciones históricas*, México, Tipografía y Litografía La Europea, s. f., t. 1, p. 258-261.

ron por el cambio de sistema. Hacia el 31 de mayo de 1835, se adhirió el Ayuntamiento de Guadalupe y la colegiata lo celebró con repiques.

El cambio de sistema implicaba algunos relevos en el gabinete. En el caso del ingreso y de la salida de José María Gutiérrez de Estrada del Ministerio de Relaciones Exteriores tenemos un buen ejemplo, en el que además vemos cómo la mano y, sobre todo, la pluma de Tornel indicaron que era él quien dirigía muchas comunicaciones del presidente interino Miguel Barragán. Fue Tornel, en efecto, quien le comunicó la decisión presidencial de que había sido nombrado para ese cargo. A Tornel se dirigió Gutiérrez de Estrada cuatro meses después para que sirviera de conducto para la presentación de su dimisión formal al puesto. Tornel le respondió que el presidente no tenía por conveniente admitir su renuncia, por lo que Gutiérrez de Estrada insistió en que lo hacía por motivos de salud y solicitó que al menos se le otorgara una licencia de cuatro meses. Ese mismo día respondió Tornel diciéndole que se le concedía una licencia por un mes. A su regreso, recibió una comunicación de Tornel en la que le decía que el presidente accedía a su solicitud para ser separado del ministerio. Indignado, Gutiérrez de Estrada decidió exponer al público los verdaderos motivos que lo llevaron a retirarse: haber jurado lealtad a los principios federalistas. Señaló que ante el cambio de sistema no podía traicionar sus sentimientos. Gutiérrez de Estrada dio a conocer también una comunicación de Tornel en la que éste decía que el cambio no lo había hecho el gobierno sino la voluntad de la nación.⁴⁵

Por esos días, Tornel llevó a bautizar a su hija Mariana —de quien Guillermo Prieto elogiara su belleza y su inteligencia—, octava y última de la lista, mientras en el *Diario Oficial* insertó una orden en la que comunicaba que Santa Anna continuaba en su carácter de general en jefe para poder dictar medidas en el caso de algún trastorno. Se atrevió a pedir a los militares que se comunicaran directamente con Santa Anna y que obedecieran sus órdenes en casos graves y extraordinarios. Esta noticia alarmó a los diputados, quienes vieron cómo se imponía una división en la toma de decisiones armadas, que dejaba a Barragán sin autoridad. También acusaban a Tornel de usurpar funciones del poder judicial, al no formar causa a varios escritores que fueron desterrados por sediciosos.

⁴⁵ Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México, *Documentos relativos al ingreso y a la salida de la primera Secretaría de Estado de la República Mexicana de José María Gutiérrez de Estrada*, México, Ignacio Cumplido, 1835, y *Algunas observaciones sobre el oficio que con fecha 22 de julio dirigió el Ecsmo. Sr. Secretario de la Guerra a José María Gutiérrez de Estrada, o sea, Apéndice a los documentos publicados sobre el ingreso de éste y su separación de la primera secretaría de Estado*, México, Ignacio Cumplido, 1835.

Se presentó en la sesión secreta de los diputados para informarles que algunos colonos de Austin, en Texas, se habían sustraído a la obediencia del gobierno, si bien, días después, dijo que ya habían jurado fidelidad y que sólo habían sido unos doscientos colonos los que intentaron turbar la paz. La misma información dio a los senadores, a la que agregó el parte de la total calma en *las Chiapas*.⁴⁶

Por sus propios fueros y sin consultar a las cámaras, don José María otorgaba grados de capitán y de general a algunos de sus amigos, pretextando que el país vivía una crisis peligrosa, por lo que fue llamado por el Congreso a su sesión secreta a rendir cuentas. Hizo publicar en el *Diario* que había convencido a las cámaras, ventilando lo que se trató en secreto.⁴⁷ Sin embargo, nada de eso repercutía, porque fue nombrado director de la Escuela Normal Militar, instalada en la universidad, el 29 de septiembre, día del cumpleaños de Barragán. Cinco días después, el Congreso sancionó el cambio definitivo al centralismo; a partir de entonces, sus miembros comenzaron a discutir las nuevas Bases Constitucionales.

Tornel se presentó en varias ocasiones a las sesiones de los diputados, tratando de dominar la discusión en favor de que el Ejecutivo tuviera más injerencia en el nombramiento de los jueces. Sin embargo, ni en este punto, ni cuando intentó como representante del gobierno restar autonomía al Legislativo, pudo dominar la mayoría de la votación. Mientras tanto, el 2 de noviembre dio inicio la guerra contra los colonos de San Antonio Béjar, por lo que Santa Anna regresó a la capital con objeto de armar un ejército para salir a combatirlos. Mientras tomaba el rumbo de San Luis Potosí, Tornel se limitó a acordar un decreto contra los extranjeros que penetraran a México por tierra o por mar con objeto de atacar el territorio, o que introdujeran armas a los rebeldes, por que serían considerados como piratas.⁴⁸

La guerra contra los texanos desde el Ministerio de la Guerra

Los ministros ofrecieron un día de campo al presidente Barragán, el domingo 7 de febrero de 1836, en San Agustín de las Cuevas. Lo llevaron a que conociera las nuevas fábricas que se habían erigido en

⁴⁶ José Ramón Malo, *Diario de sucesos notables*, arreglado y anotado por el padre Mariano Cuevas, México, Editorial Patria, 1948, v. 1, 29 de agosto de 1835.

⁴⁷ Carlos María de Bustamante, *Diario...*, *op. cit.*, domingo 20 de septiembre de 1835.

⁴⁸ Carlos Bosch, *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos, 1819-1848*, Colección del Archivo Histórico Diplomático Mexicano, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1974, p. 133-134.

fomento de la industria mexicana. Éste fue tal vez su último acto público, porque dos semanas más tarde cayó gravemente enfermo. Los médicos le aplicaron algunas sanguijuelas. Tornel pidió al obispo Be-launzarán que visitara a Barragán, mientras —según Carlos María de Bustamante— hizo correr el rumor de que, si moría, el mejor para sustituirlo era el ministro de justicia y Negocios Eclesiásticos, José Justo Corro, quien era honrado, moderado, de Jalisco, conocía el gobierno, *no era falta de energía* y —sobre todo— *no desagradaba a Santa Anna*.

Barragán falleció el primero de marzo, día del cumpleaños de Tornel. El Congreso se había reunido el día 27 del mes anterior para elegir al sustituto. De los 82 que asistieron, 51 votaron por Corro, 18 por Nicolás Bravo, 12 por Parrés y uno por Mangino. Un mes después, en el *Diario de Gobierno*, publicaron una carta de Santa Anna desde Texas y dirigida a Tornel, en la que daba su aprobación al nombramiento. Tornel fue ratificado por el nuevo sustituto como ministro de la Guerra.

En el noreste del país continuaba la contienda del gobierno mexicano contra los colonos texanos. Tornel contó con el honor de dar cuenta al Congreso del primer triunfo de las armas nacionales, al mando del general José Urrea, contra los colonos en la villa de San Patricio.⁴⁹ Tres días después, el suceso se anunció al público con disparos de artillería y repique a vuelo. También dio a conocer que los mexicanos habían tomado en Texas el fortín o castillo de El Álamo. A la sesión del Congreso de ese día asistieron los cuatro secretarios del despacho. Entraron al recinto seguidos por una compañía de granaderos, uno de cuyos oficiales portaba una de las banderas que fueron tomadas al enemigo. Carlos María de Bustamante vio con qué teatralidad Tornel arrebató al granadero la bandera y entró con ella al salón, en donde antes de ocupar su asiento la arrojó con desprecio al suelo. Cuando le dieron la palabra leyó las comunicaciones oficiales de Santa Anna y los documentos que acreditaban el triunfo a los mexicanos. Dijo que el fuerte fue tomado después de hora y media de ataque, y que en sus fosos quedaron sepultados más de 600 extranjeros que lo defendían.⁵⁰

El gobierno arregló que varias funciones de teatro se hicieran en beneficio de las familias de los que murieron en la acción de El Álamo. En el entreacto, la compañía cantó una marcha en honor de las acciones de Santa Anna. Mientras tanto, Tornel tenía que enfrentar a los

⁴⁹ José Ramón Malo, *op. cit.*, 14 de marzo de 1836.

⁵⁰ Luis Weckman, *Las relaciones franco-mexicanas*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1961, v. 1, p. 279.

congresistas porque, por sus fueros, había desterrado a Querétaro a Modesto Olaguíbel por editar un periódico de oposición. Éste acusó al ministro de haberlo hecho salir sin formación de causa, por lo que el Congreso se declaró en gran jurado para revisar el caso. Por 51 votos contra 14 se declaró que Tornel estaba absuelto de todo cargo.⁵¹

Su adhesión por Santa Anna y su entusiasmo por el triunfo reciente le permitieron proponer a los congresistas que fuera creada una legión de honor militar, para recompensar las acciones distinguidas del ejército y de la marina de guerra. Tornel no sabía que seis días antes Santa Anna había sido derrotado en la batalla de San Jacinto y que estaba en ese momento prisionero. La noticia llegaría a la capital a mediados del mes de mayo, por lo que José María disfrutó menos de un mes su imaginaria legión de honor. Al saber del fracaso de las tropas mexicanas, nadie volvió a mencionarla.

Desde el 15 de mayo, Tornel supo del descalabro y tardó cuatro días en informarlo en la sesión pública del Congreso, en la que dijo que Santa Anna había sido hecho prisionero en San Jacinto. Trató de conseguir dinero para enviarlo a Texas y anunció en sesión secreta que se habían presentado ante él más de cincuenta jóvenes que querían alistarse en el ejército y que estaban por llegar 40 000 fusiles y otras armas que ya habían pagado. También informó que la leva se seguía instrumentando activamente para favorecer la campaña.

Santa Anna ordenó a Filisola que evacuara el territorio texano ante la opinión contraria del Congreso mexicano que proponía que prosiguiera la campaña por no aceptar los convenios de Velasco. Tornel tuvo que comunicar a Filisola que el presidente interino le ordenaba que no reconociera ninguna autoridad en Santa Anna mientras estuviera prisionero, y ni aun siendo libre, si antes no lo aprobaba el Congreso. En otro comunicado le reiteró la orden y le dijo que debía responder ante un consejo de guerra por no haber conservado los puntos militares como se le previno. Filisola entregó el mando del ejército al general José Urrea.

Tornel desapareció de la escena —según Carlos María de Bustamante, por padecer apoplejía— toda la primera decena del mes de junio, pero, hacia el día 23, se presentó en la sesión de los diputados a decir que Santa Anna no había manchado su reputación al firmar los tratados de Velasco, habiéndose comprometido solamente a no hacer la guerra a los texanos. De nuevo leyó comunicaciones de Filisola en donde describía la capitulación. Por esos días, Tornel insistía en detener y desterrar a los que escribieran contra Santa Anna, como

⁵¹ José Ramón Malo, *op. cit.*, 29 de marzo de 1836.

lo hizo con el impresor Torres que tenía su taller en la calle de la Escalerilla.⁵²

Los enemigos de Tornel lo atacaron hacia el mes de julio en el periódico *El Cosmopolita* por arbitrario, porque solapaba la ilegalidad y porque había adoptado un camino de dictadura. Él demandó al periódico porque sentía que lo habían atacado como hombre público y en su vida privada. Días después, el mismo diario publicó un comentario en el que responsabilizaba a Tornel “del éxito desgraciado de la última campaña de Texas” y de haber suspendido la función de ópera *Los Montegones [sic] y Capuletos*, porque la consideró sediciosa.⁵³

Por su parte, y para vindicar su honor, Vicente Filisola publicó en agosto un manifiesto en el que presentaba la correspondencia que mantuvo desde Texas con el ministro Tornel; en ella demostraba que éste aprobó primero la conducta de Filisola y después se contradujo. Al conocer estos documentos, un diputado acusó a Tornel de haber mutilado las comunicaciones de Filisola cuando las leyó en el Congreso y de haberles enviado sólo copias de ellas cuando debió proporcionar los originales.⁵⁴

Secuelas ingratas de la contienda

En medio de esa crisis, se comentaba la noticia de que España reconocería la independencia de México. Tornel se presentó en la Cámara de Diputados y pronunció un discurso en el que se manifestaba porque *México y aquel país tengan una relación amistosa*. No tardaron en escribir sus enemigos en *El Cosmopolita* que, con admirable facilidad, variaba de opiniones, ya que le era igual expulsar a los españoles que abrir los puertos mexicanos a sus buques.⁵⁵ En un editorial, compararon al presidente Corro con Tiberio y a Tornel con Seyano. El *Diario del Gobierno* lo defendió diciendo que los atacantes no daban pruebas y que ninguna época demostraba, como la que vivían, que existía gran tolerancia a los abusos de la prensa. A pesar de las calumnias, Tornel —dijeron—

⁵² *Ibid.*, 25 de junio de 1836.

⁵³ *El Cosmopolita*, 9-13 de julio de 1836. Según Emilio del Castillo Negrete, en *México en el siglo XIX*, en el periódico *El Nacional* se publicó un artículo contra los Estados Unidos y contra su encargado Butler. Éste creyó que su autor era Tornel y le dirigió una comunicación insultante en la que le dijo que en el lugar en que lo encontrara le daría con su bastón o con un látigo. Tornel protestó ante el ministerio de Relaciones Exteriores, el que ordenó a Butler salir del país. Éste denunció que se tramaba su asesinato.

⁵⁴ Biblioteca Nettie Lee Benson, *Colección Latinoamericana*, HD 31.5377 y HD 31.5380.

⁵⁵ *El Cosmopolita*, 3 de septiembre de 1836.

“sigue firme en su marcha [...] para detener los avances de la anarquía y salvar a su patria de las venganzas que se meditan”. Agregaron que él no era el responsable del destierro del impresor Torres y que, como no era ministro de Hacienda, no sabía lo que se había gastado en la campaña de Texas, aunque sí conocía que de las cantidades que libró no quedó en sus manos “un solo ochavo”.⁵⁶

La Cámara de Diputados absolvió a Tornel por el arresto y remisión a Veracruz de Torres, ya que, según el ministro, lo aprehendieron por equivocación. También estuvieron de su parte al rechazar una acusación —por considerarla insolente— que presentó en sesión secreta la mujer de Basadre, quien reclamaba por la prisión de su marido, a quien Tornel había enviado a Veracruz con el pretexto de que acaudillaba una conspiración. En cambio, los de *El Cosmopolita*, llamaron a Tornel “delincuente” y se quejaron de que los diputados no hubieran hecho nada contra él.⁵⁷

El Congreso había tenido como tarea, a lo largo de todo ese año de 1836, la elaboración de la nueva constitución centralista que quedó terminada el 6 diciembre. En enero del año siguiente, el día 24, se dieron a conocer las propuestas para la elección de presidente de la República, mientras se nombraba con insistencia a Anastasio Bustamante para el puesto, quien había desembarcado en Veracruz a principios del último diciembre. Al mismo tiempo, llegaba a ese puerto Antonio López de Santa Anna. El ministro Tornel redactó una circular en la que informaba que *el benemérito de la patria, Antonio López de Santa Anna*, había arribado y recordó que, mientras estuvo prisionero, no había contraído compromisos de ninguna especie *en perjuicio de los derechos de la nación ni de la justa nombradía que tanto ha merecido por sus hechos ilustres en servicio de la patria*. Sin embargo, el diputado José Ramón Malo escribió que, en un suplemento de *El Mercurio* de Matamoros, se publicaron documentos que demostraban que el general Santa Anna había solicitado la intervención del gabinete de Washington para el reconocimiento de la independencia de Texas. Contó que, en sesión secreta, el diputado Carlos María de Bustamante pidió la remoción del ministro de la Guerra, porque por haber sabido esto había perdido la confianza pública. Agregó Malo que Tornel prometió ese día renunciar.⁵⁸ La noticia corrió pronto y llegó a la prensa. *La Lima de Vulcano* del jueves 2 de marzo no creía en lo de la renuncia, ya que dijo: “S. E. ha dicho esto mismo en otras ocasiones.”

⁵⁶ *Diario del Gobierno*, 14 de noviembre de 1836.

⁵⁷ *El Cosmopolita*, 31 de mayo de 1837.

⁵⁸ José Ramón Malo, *op. cit.*, 28 de febrero de 1837.

*Cicerón abandonado, escribe la que será su última postura
frente a los Estados Unidos*

Se rumoraba que Santa Anna estaba molesto con el ministro Tornel porque no le había enviado suficiente dinero para sostener la guerra. Sin embargo, la opinión más generalizada era que estaba enojado porque Tornel se había quedado con algunas sumas, además de que no había cedido para obligar al clero a hacer un préstamo. A pesar de sus palabras de incienso, Santa Anna tampoco “le debía la vida”.

El 17 de abril de 1837, Anastasio Bustamante fue electo presidente de México. En la ceremonia de toma de posesión, el mandatario habló en francés con su invitado el vicealmirante De Bretonnière. El ministro Tornel no estuvo presente en el acto. Un día después, publicó en el *Diario* su carta de renuncia en donde se hacía propaganda con el recuento de su oficio burocrático. Dijo que había trabajado con intenciones *purísimas* y que había despachado 35 834 expedientes con 113 686 oficios.

El nuevo gobierno de Bustamante no se interesó en sus servicios, por lo que José María pidió una licencia y se instaló con su familia en Coyoacán.⁵⁹ En el mes de junio fue fundada la Academia de San Juan de Letrán y don José María sería invitado a formar parte de ella.⁶⁰ En octubre solicitó una prórroga por seis meses más, ya que *no ha podido restablecerse de sus males*. De nuevo en su retiro, Tornel le dio vuelo a la pluma. Escribió una defensa de los bienes eclesiásticos que, como no se atrevió a firmar con su nombre, apareció con el pseudónimo de Tullio y se publicó el 5 de noviembre con el título de *Carta de un filósofo sobre la ocupación de los bienes del clero mexicano*; en ella sostenía que era una injusticia convertir las propiedades eclesiásticas en bienes de la nación. Con este escrito se distanció más de Santa Anna, mientras se acercaba a la nueva administración, muy apoyada por el clero. Hacia finales de noviembre, Tornel fue recibido por Bustamante, con quien se reunió a comer una vez.

Por esos días publicó *Tejas y los Estados Unidos de América en sus relaciones con la República Mexicana*, para demostrar que no tuvo nada que ver con la falta de dinero para el ejército del norte. Dijo que cuando el gobierno confió el mando a Santa Anna le pareció —y le seguía pareciendo— una decisión acertada. Con respecto al dinero que Santa Anna recabó, sostuvo que como al ministro de Hacienda se le habían

⁵⁹ ADN, *Cancelados*, exp. XI/111/1-93, t. 1, 8 de mayo de 1837.

⁶⁰ Enrique Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México, 1538-1911*, México, Porrúa, 1961, v. 1, p. 407.

cerrado todas las puertas el gobierno delegó facultades en el general en jefe *para proveerse de numerario con hipoteca de las rentas de la nación.*

Dio a entender que Santa Anna pudo elegir un mejor camino para ir a Texas y no el del desierto, con todas sus incomodidades. Quiso recordar el enorme mérito que tuvo la acción de El Álamo del 6 de marzo, así como las acciones del general Urrea. Describió la derrota de San Jacinto con las mismas palabras de Santa Anna: "Fatigado de haber pasado la mañana a caballo, y desvelado de la noche anterior, me recosté a la sombra de unos árboles mientras la tropa alistaba sus ranchos [...] Como el cansancio y las vigilias producen sueño, yo dormía profundamente, cuando me despertó el fuego y el alboroto."

Consideraba la derrota de Santa Anna como la de Napoleón en Waterloo, abandonados ambos por la diosa inconstante de la fortuna. Escribió que el gobierno mexicano recibió la noticia en la noche del 14 de mayo y ordenó inútilmente que el ejército detuviera su marcha por la contraorden de don Antonio. Quiso defender la dignidad y el honor del gobierno, quien, dijo, se aprestó a reunir un ejército de tres mil hombres al mando de Valencia, pero prorrogó la salida porque tuvo que atender *el orden interior*. Después formó un segundo ejército al mando de Nicolás Bravo que valerosamente se dirigió al norte, aunque no penetró en Texas *por falta de dinero*, y culpó de ello al nuevo ministro de Hacienda que se engañó en sus cálculos. Cuando por fin hubo dinero, que se consiguió de un empréstito de 150 000 pesos por mes, *entró la estación que vuelve a Texas impenetrable*. Por último, no dejó de hacer un elogio de Anastasio Bustamante, a quien veía como el salvador del honor de la patria.

A partir de los sucesos de Texas, Tornel cambió radicalmente su opinión con respecto a los Estados Unidos. Ahora creía que el pensamiento dominante en aquel país había sido ocupar una gran parte del territorio de la nación mexicana. Ahora sí, ante la inevitable pérdida de Texas, Tornel sostenía que, si los mexicanos no querían esas tierras, se hubieran *vendido* para fortalecer la pobre hacienda pública. Creía que la imprevisión los llevó a *regalar las tierras de un paraíso*, aunque su tesis más importante fue que la Providencia también estaba del lado de los mexicanos. Trazó el cuadro de la *política tenebrosa* de los Estados Unidos donde los mexicanos eran *como pigmeos, objetos de su desprecio, como lo son nuestras propiedades de su codicia*.

No estaba de acuerdo con *fomentar antipatías nacionales* porque le parecía antifilosófico, pero se había visto obligado a relatar la serie de injusticias que los Estados Unidos habían cometido con México, una *nación inexperta que por obsequiarlos sacrificó sus creencias y sus tradiciones*, y que respetó políticamente a aquel país. Quiso manifestar los pe-



8. Antonio López de Santa Anna

ligros y acechanzas de esos vecinos emprendedores, sus hostilidades, la antigüedad de sus designios ambiciosos, su descaro y su diplomacia suspicaz y contraria a lo mexicano.

Conservador y supremopoderoso

José María Tornel fue demandado por doña Josefa García Conde de Bolado, propietaria de la casa número 7 de la calle de Seminario en la ciudad de México que él rentaba, porque hacía meses que no pagaba la renta. Aunque él la contrademandó por cuatro mil pesos que había invertido en dicha casa, perdió, y tuvo que pagar 997 pesos por rentas vendidas y prescindir del reclamo. Firmó también que abonaría la renta cada mes por adelantado y que no emprendería ninguna obra sin consentimiento de la señora.⁶¹ Doña Josefa tuvo mucha suerte de no poner su demanda después de mayo, ya que Tornel fue nombrado en ese mes miembro del cuarto poder —Supremo Poder Conservador— encargado de regular a los otros tres. Aceptó el encargo, a pesar de que no hacía mucho se había opuesto en los debates sobre la nueva constitución centralista a la existencia de esa autoridad.

Sólo sería responsable de sus actos ante Dios y ante la opinión pública, pero nunca podría ser juzgado por sus opiniones. Su nuevo sueldo era de seis mil pesos anuales y de ahora en adelante recibiría el tratamiento de “excelencia”. Tornel cumplía con las características requeridas para ser uno de sus miembros. Era mexicano por nacimiento, tenía un poco más de cuarenta años, la posibilidad de percibir más de tres mil pesos de renta anual y había sido diputado y ministro.

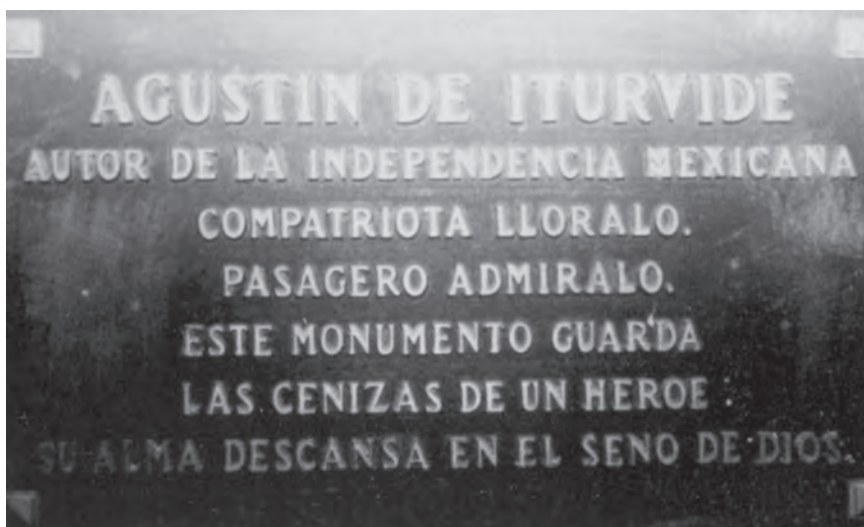
La reivindicación de Iturbide

El gobierno de Bustamante organizó unas exequias fúnebres a los restos de su admirado Agustín de Iturbide en octubre de 1838, por lo que éstos fueron traídos de Padilla a la ciudad de México. Los comerciantes hicieron su agosto vendiendo grabados, litografías, pinturas en miniatura y al natural de diversos momentos de Iturbide: como coronel, primer jefe, generalísimo, emperador y caído en Padilla. Fueron renovados los días en que sólo se hablaba de la independencia y de Iturbide, y se puso de moda llamar así a muchas fábricas y tiendas, además

⁶¹ Archivo de Notarías de la Ciudad de México, notario José María Moya, 4 de mayo de 1838.



9. Altar a Iturbide en la Catedral Metropolitana



10. Epitafio escrito por José María Tornel

de que se veía el nombre del ex emperador en casi todos los objetos de uso, como sombreros, pañuelos y abanicos. El acto fue muy solemne. Según José Ramón Pacheco, relator oficial del acontecimiento, a pesar de la vigilancia, tanto en Padilla como en la ciudad de México, no pudo evitarse que en la exhumación y en el traslado la gente tomara alguna parte para guardarla como reliquia. En la iglesia de San Francisco expusieron lo que quedaba de sus huesos. Los capitalinos escucharon cañonazos cada cuarto de hora y múltiples toques de campana. Luego trasladaron los restos a la catedral en una procesión encabezada por el presidente y todos los funcionarios públicos, con eclesiásticos, militares y muchos particulares, sobre todo gente del pueblo. La famosa María Ignacia Rodríguez de Velasco estaba presente entre la elegante concurrencia, a la que sólo permitieron la entrada a señoras vestidas de saya y mantilla. Los restos de Iturbide quedaron depositados desde ese día en la capilla dedicada al mártir mexicano San Felipe de Jesús. Se había encargado a varias personas que elaboraran algunos epitafios para elegir uno para la urna. El que hizo José María Tornel puede leerse todavía en el altar donde están los restos:

AGUSTÍN DE ITURBIDE. Autor de la independencia mexicana. Compatriota, llóralo. Pasajero, [sic] admíralo. Este monumento guarda las cenizas de un héroe. Su alma descansa en el seno de Dios.

La comitiva pasó después de la catedral a Palacio Nacional a dar el pésame al presidente Bustamante, quien ordenó que las autoridades, el ejército y los padres de familia vistieran luto por un mes.⁶²

Ministro de Anastasio y de Antonio

A principios de diciembre de 1838, los senadores hicieron una reunión privada a la que invitaron a algunos diputados y miembros del Supremo Poder Conservador, entre ellos Tornel. El objeto era tratar secretamente que Bustamante dejara el mando. Tornel sostuvo la necesidad de que don Anastasio continuara y, dos semanas después, en medio de una crisis ministerial, aceptó la Secretaría de Guerra. Las cámaras aprobaron que “era voluntad de la nación” que mientras durara la guerra con Francia fuera posible que el poder conservador empleara a toda clase de personas.⁶³ Por las circunstancias, se quebrantaba una vez más la Constitución con respecto a la división de poderes.

Desde el olvido de su hacienda veracruzana, Santa Anna salía ahora a combatir a los franceses que estaban en las costas de Veracruz. El 5 de diciembre de 1838 se declaró su victoria, por lo que se iniciaron las pláticas de paz. Por su parte, el presidente Bustamante obtuvo una licencia de las cámaras para mandar en persona al ejército que saldría a combatir a Urrea que se había sublevado en Tampico por la federación.

Antes de salir, Bustamante encargó a Tornel que escribiera el discurso que leyó en la reapertura de las sesiones del Congreso en enero de 1839. En esta pieza se refirió a la guerra que había sostenido México con una Francia que había abusado más de su poder que de su derecho, al reclamar una serie de pagos; en ella prometió que el gobierno sería firme y moderado.

Como se temía que por el Pacífico llegara una escuadrilla francesa proveniente de Buenos Aires, Tornel compró a los ingleses treinta mil fusiles y quince mil carabinas y mandó hacer reparaciones en el fuerte de Acapulco. En enero presentó al Congreso la *Memoria* que correspondía a las actividades de su ministerio. Creía que el país era afortunado al darle a él la secretaría en medio de la crisis que vivían, porque había dirigido todos sus afanes a conservar el orden. Enumeró sus tareas: atender dos guerras con escasos recursos; sostener la gloria del

⁶² José Ramón Pacheco, *Descripción de la solemnidad fúnebre con que se honraron las cenizas del héroe de Iguala don Agustín de Iturbide en octubre de 1838*, México, Ignacio Cumplido, 1839.

⁶³ José Ramón Malo, *op. cit.*, 17 y 18 de diciembre de 1838.

pueblo contra un invasor extranjero, y *endulzar las pasiones políticas e imprimirles la dirección conveniente*. Escribió que el asunto crucial de México era ser o no ser, pero que afortunadamente se contaba con el buen sentido de los compatriotas y con los elementos de vida que la Providencia había concedido. Dijo que *el mayor sacrificio que ha hecho a su patria es volver al Ministerio de Guerra*; que sus intenciones eran puras y que no lo arredraban los peligros ni las contradicciones cuando se le llamaba a defender los derechos sagrados de la República.

Ante la inminente salida de Bustamante, diputados y senadores declararon hacia el 23 de enero de 1839 que, “por voluntad de la nación”, había sido electo como presidente interino Antonio López de Santa Anna. Don Antonio no se encontraba muy bien de salud porque le habían amputado recientemente la pierna izquierda después de la descarga de obús que recibió durante un combate contra los galos, pero aceptó gustoso venir a México a hacerse cargo del Ejecutivo. Quien convenció a los congresistas de que fuera nombrado Santa Anna fue Tornel, con el argumento de que debía reconocérsele por su triunfo contra los franceses. Esto le valió una reconciliación con él. El 15 de febrero, Tornel y el ministro de Relaciones, Manuel Eduardo de Gorostiza, salieron a San Martín para recibir a Antonio López, quien entró a la ciudad de México dos días después.

El tratado de paz con Francia se celebró en Veracruz el 8 de marzo de 1839, después de once meses de bloqueo. Como el ministro Gorostiza tenía que estar presente en las pláticas, Tornel se encargó, además del de Guerra, del Ministerio de Relaciones, del 27 de febrero al 14 de marzo.

En esos escasos quince días, se presentó a las cámaras en sesión secreta a leer las comunicaciones que le habían remitido Gorostiza y Guadalupe Victoria sobre sus conferencias con Baudin. En su cargo de Relaciones, aprovechó para celebrar ante notario un convenio entre el gobierno y los impresores José Ximeno e Ignacio Cumplido, para que con fondos nacionales éstos llevaran a cabo durante cinco años todas las impresiones de los supremos poderes.⁶⁴ Por último, del dinero para gastos secretos, decidió acordar algunas gratificaciones mensuales para cinco meritorios de Relaciones, *por los buenos servicios que han prestado en el ministerio de mi interino cargo*. Sin embargo, poco les duró el gusto a los afortunados, ya que esta gracia sería revocada por el ministro a su regreso.⁶⁵

⁶⁴ Archivo de Notarías de la Ciudad de México, notario Francisco de Madariaga, 11 de marzo de 1839.

⁶⁵ AHSRE, 1-1-201, 12 de marzo de 1839.

Dado que Anastasio Bustamante no se decidía a salir a combatir a los federalistas, Santa Anna, quien ya estaba en la ciudad de México, anunció que estaba dispuesto a regresar a Manga de Clavo. Sin embargo, el 18 de marzo asumió el poder con el mismo ministerio del presidente constitucional. Fue entonces cuando Tornel pisó por fin un campo de batalla. Sin pedir permiso a las cámaras, el martes 30 de abril, a las cuatro de la mañana, Santa Anna y Tornel salieron hacia Puebla para combatir a los “facciosos” federalistas Mejía y Urrea y para *estar más cerca del teatro de la guerra*. Santa Anna confió el mando de dos brigadas al general Valencia, y él dirigió una de reserva. Las dos primeras, en una batalla muy sangrienta cerca de Acajete, derrotaron a los federalistas y tomaron prisionero a Mejía, mientras Urrea pudo fugarse. Cuando Santa Anna y Tornel llegaron al campo de batalla, éste dispuso que todos los jefes que cayeran prisioneros fueran fusilados, por lo que Mejía —su antiguo secretario en la legación de los Estados Unidos— fue pasado por las armas.

Con la victoria, Santa Anna acrecentó su popularidad y propuso que se aprobara el nombramiento de general de división para Valencia.⁶⁶ Tornel elaboró el parte de la batalla. Aseguró que la reserva de Santa Anna completó la acción y que él estuvo destinado a mandar una sección de la retaguardia con la cual hizo rendirse a doscientos hombres que estaban situados en un cerro.⁶⁷

En la tarde del 8 de mayo de 1839, en un coche en el que lo acompañaban Tornel y Valencia, Santa Anna hizo su entrada triunfal en la ciudad de México. Se unió gente a caballo y en coche, más un batallón de infantería. Al palacio, al ayuntamiento, a la casa de moneda y a algunos otros edificios les pusieron cortinas y los iluminaron por la noche para celebrar, más que la victoria de las instituciones centralistas, el triunfo personal de Santa Anna.

En un mensaje a las cámaras, Santa Anna pidió que meditaran si había llegado el momento de hacer reformas a la Constitución. Se basaba en el hecho de que por todo el país brotaba el descontento. Había pasado al Consejo de Gobierno un programa en donde estaba una iniciativa para que el Supremo Poder Conservador declarara que era voluntad de la nación que se hicieran algunas reformas convenientes.

Tornel preparó mientras tanto un decreto sobre enseñanza primaria en el ejército. Ofrecía un premio de cinco pesos a los que antes de concluir el periodo hicieran un examen que fuera calificado como so-

⁶⁶ Manuel Rivera Cambas, *Los gobernantes de México*, México, Imprenta de J. M. Aguilar Ortiz, 1873, t. 2, p. 219-220.

⁶⁷ *La Lima de Vulcano*, 4 de mayo de 1839.

bresaliente. Sin embargo, en medio de sus actividades, anunció el jueves 11 de julio que había padecido otro ataque de apoplejía. Dejó la ciudad y se reunió con su familia en San Ángel para darse algunos baños curativos.

Los partidarios de Anastasio Bustamante lo urgían para que éste regresara, mientras el interino Santa Anna pretextó necesitar descanso y salió para Manga de Clavo, dejando la presidencia en manos de Nicolás Bravo, quien se desempeñó en el cargo del 10 al 18 de julio de ese año de 1839.

General de brigada despedido

Bustamante volvió a México y decidió cambiar todo su ministerio. A Tornel le escribió desde palacio el día 20 diciéndole que el día anterior firmó su despacho como *General de Brigada Efectivo*, pero “con sentimiento” le comunicaba que como eran tan frecuentes los ataques apopléticos que padecía creía indispensable que se separara de las inmensas tareas del ministerio. Le pidió que mandara su dimisión por esa razón y por otras que le diría cuando mejorara su salud.

Tornel respondió el mismo día que estaba totalmente repuesto y que sólo había ido a San Ángel por medio día. Agregó que no seguiría el consejo del presidente y que esperaba que lo exonerara. Dijo que lamentaba haber caído en desgracia, pero prometía que hablaría ante la opinión pública, porque creía que no sólo pertenecía a sí mismo sino a su patria y a sus amigos. Por esos días mandó documentos para su expediente militar que acreditaban todos los ascensos políticos y militares que había obtenido hasta entonces. Aprovechó la ocasión para limpiar y acrecentar su historial independentista, porque sabía de la adhesión de Bustamante a Iturbide. Volvió a aprovecharse del nombre de su pariente Joseph Mendivil al atribuirse el nombramiento de éste como caballero supernumerario de la Orden Nacional de Guadalupe por los méritos que contrajo en la gloriosa lucha referida.⁶⁸

Tornel fue el único ministro que no estuvo dispuesto a dimitir. Sin embargo, sólo logró retener el puesto unos días, pues no tuvo más remedio que dejar la cartera al oficial mayor Luis Velázquez de León. Ese día recibió una comunicación del Ministerio del Interior en la que de parte de Bustamante le manifestaban que sus servicios serían más útiles en el Supremo Poder Conservador, en donde se ocuparían en breve de hacer reformas constitucionales, y le daban las gracias a nombre de la patria.

⁶⁸ ADN, *Cancelados*, exp. XI/111/1-93, t. 1.

También ese día respondió Tornel una carta en la que manifestaba su reconocimiento a Bustamante por haberlo llamado y por retirarlo. Se reconocía servidor de dos amos: se pintó a sí mismo como un *cooperador, leal, activo y enérgico tanto del Escmo. Sr. presidente propietario, general D. Anastasio Bustamante, como del ilustre vencedor del 5 de diciembre de 1838, objeto hoy de tantas calumnias y blanco de la más atroz envidia*. Se mostró enormemente agradecido porque confiaron en él.

En la imprenta de Ignacio Cumplido publicó todas estas comunicaciones que aparecieron con el título *Carta... a sus amigos*, adornada con ilustraciones alusivas al ejército, a la unión y a la libertad en la portada y en la contraportada. Escribió en una advertencia que si no renunció fue porque siempre si estaba enfermo *por las inmensas tareas del ministerio que lo llevaron a las puertas del sepulcro*, pero que una vez repuesto estaba decidido a prestar a su patria nuevos servicios. Dijo que, en realidad, le pidieron la renuncia por su amistad con el general Santa Anna y no por enfermedad. Se congratulaba de haber sido llamado en una época borrascosa y de dejar el ministerio con una república pacificada.

Un día más tarde, Tornel envió un oficio al Supremo Poder Conservador, en donde recordaba que ya estaba exonerado del Ministerio de la Guerra y manifestaba que deseaba continuar su servicio entre ellos. Para su sorpresa, le respondieron que no podía ser, porque los asuntos que estaban pendientes tenían que ver con su actuación en el ministerio, por lo que estaba legalmente impedido de formar parte.

En los meses que siguieron, el gobierno de Bustamante se dedicó a derogar algunas iniciativas de Santa Anna y de sus ministros. En la prensa se decía que Tornel había obtenido una tajada de un contrato de préstamo a México por ciento treinta mil libras. En *El Cosmopolita* del 17 de agosto lo acusaban de peculado en los contratos de armamento para el ejército. Para vindicarse, escribió otra *Carta... a sus amigos*, que le publicó también Ignacio Cumplido a propósito de esa crítica. El ataque le parecía una producción de un *rencor ingenioso*, y como se creía un hombre de honor buscaba purificarse. Dijo que en dos épocas se vio necesitado de contratar armas y buques: durante la guerra con Texas y cuando la guerra con Francia. Explicó cómo, en ambos casos, el país tenía necesidad de armamento, pero defendió a Santa Anna y a sí mismo. Pensaba que, aunque los contratos eran ruinosos para el erario, no había otra manera de hacer negocio por el bloqueo de los puertos y por la falta de dinero. Sin embargo, creía que las utilidades para los contratistas no fueron tan buenas como se pretendía. Éstos, decía, ganaban de dos y medio a tres pesos por pieza, aunque eran mayores sus riesgos y pérdidas. Alegaba no haberse quedado con ningún dine-

ro, pero en el mes de abril de ese año obtuvo tres casas, por remate, del juzgado de capellanías y obras pías del obispado: la número 6, la 7 y la 8 de la calle de Corchero, con valor de 17 650 pesos, que Tornel fue liquidando en depósitos regulares.

Las cosas no iban muy bien para él durante los últimos meses de ese 1839. En *El Cosmopolita*, Ángel Miramón firmó un artículo en el que elogiaba la conducta del federalista Urrea y trataba con dureza a Santa Anna y a Tornel. En esa ocasión salió a relucir la vida privada de don José María. Escribieron que tenía una amante que vivía en la calle de San José del Real y se preguntaban por el origen de su fortuna y sus múltiples gastos, y tanto él como Santa Anna fueron acusados de ladrones.

Su suerte política empezó a ser cada vez más negra. El Supremo Poder Conservador tuvo varias sesiones en que decidieron algunas reformas a la Constitución de 1836, de cuyas votaciones fue excluido Tornel. Ofendido, mandó varios oficios preguntando la causa y le respondieron que él ya había dado su voto cuando fue ministro. Sin embargo, recibió un comunicado del Supremo Poder Conservador en el que le indicaban que en otras cuestiones podría votar. El Supremo Poder publicó en la Imprenta del Águila un expediente con los reclamos de Tornel y con su opinión.

Tornel recurrió una vez más a su amistad con el impresor Ignacio Cumplido —la tercera vez en ese año— para dar a conocer al público una protesta por la ilegalidad y la violencia con la que se vio privado de intervenir en el decreto de reformas. Se inició una polémica entre él y los supremos conservadores que llegó a la prensa. Le dijeron que en los tres negocios del gobierno interino de Santa Anna, que tuvo que calificar el Supremo Poder Conservador, él tuvo grande participación —la ley de imprenta, el préstamo de los ingleses y el quererse anticipar al tiempo para las reformas a la Constitución—, por lo que consideraron que estaba impedido para votar.⁶⁹ Si este dictamen tuvo 72 páginas, Tornel escribió una respuesta de 77, llena de latines —porque estaba seguro de que *Manuel Peña y Peña conoce el latín*—, editada también por Cumplido. Sentía que en el momento en que la fortuna lo abandonaba, Peña y Peña se aprovechaba para atacarlo, porque —y lo dijo en latín— *proprium humani ingenii est odisse quem laeseris*: es propio de la inclinación humana aborrecer a quien se ha ofendido. Entre dimes y diretes en su defensa dijo que, en cuestión de secretos,

⁶⁹ *Dictamen de la Comisión del Supremo Poder Conservador, aprobado por éste, contestando a la protesta del Ecsmo. Sr. General D. José María Tornel y Mendiola que se publica por acuerdo del mismo Supremo Poder, México, Ignacio Cumplido, 1840.*

él no era virgen, al comparar la virginidad con el secreto y al decir que ambos no se perdían más que una vez. Por su parte, los del cuarto poder no contestaron este escrito y ahí quedó el asunto.

A pesar de decirse molesto con el Supremo Poder Conservador, Tornel continuaría siendo uno de sus miembros todo el año de 1840. Mientras tanto, dedicó su tiempo y su dinero a comprar la casa número 4 de la calle de Puente de Alvarado en la ciudad de México, en uno de los barrios de moda. La mansión contaba con muchas piezas altas y bajas, agua corriente, baños, caballerizas, huerta con fuente, estanque y “otras muchas comodidades”.

Orador del pueblo en el día del jubileo nacional

Logró hacer su palabra indispensable en el solemne aniversario de la independencia de México en septiembre de ese 1840, lo que suponía que se había reconciliado con Anastasio Bustamante. Tornel fue el orador oficial en la ceremonia que tuvo lugar en la Alameda de la capital. Hizo una defensa de la república e invocó como genios tutelares de la nación mexicana a José María Morelos, Miguel Hidalgo y Agustín de Iturbide, a quienes llamó *redentores de la patria*. Sin embargo, se notaba a leguas que su gran héroe era don Agustín. Lo pintó como un instrumento de la Providencia, como un soldado valiente que *separó a un mundo del otro, dando al nuevo existencia, libertad y honor*. Creía otra vez que Dios lo había escogido para manifestar a través de él su voluntad imperiosa. Se atrevió también a *derramar algunas flores marchitas* sobre el sepulcro temprano del *ilustre general Guerrero*, a pesar de que él ya era parte de la posteridad. Creía que no había que tener miedo de que ésta se contagiara por intereses o pasiones que ya pasaron. Dijo que él había ido ahí *como orador del pueblo en el día del jubileo nacional* y, ante la libertad *para decir* que le concedían, se sentía con valor para publicar sus propias convicciones, *que no son otras que las de las masas*.

El mensaje de este discurso era responder veladamente a la carta que publicó José María Gutiérrez de Estrada el 25 de agosto, en la que se oponía a la dictadura porque creía que no había hombres que podían desempeñarla y propuso para México una monarquía con príncipe extranjero. En su oración, Tornel identificó al gobierno monárquico con la servidumbre y subrayó que prefería la libertad. Hizo una defensa del gobierno conservador y dijo que su fuerza no era opresiva y que caería si cometía el error de luchar contra las inclinaciones del pueblo, y que las masas apelarían a los recursos de la anarquía que,

por desgracia, se habían convertido en sistema de gobierno. Depositó la suerte de la república en la Divina Providencia, en la que confiaba.

El combate de un nacionalista-republicano

Desde que apareció la carta de Gutiérrez de Estrada en favor de una monarquía para México, la opinión de los principales periódicos se dividió. Fue totalmente apoyado por *La Hesperia*, y criticado por *El Cosmopolita* y el *Diario de Gobierno*. Tornel inició un debate público contra dicha carta con un artículo que insertó en *El Cosmopolita* el 31 de octubre de 1840. Aquí sostuvo que en los países donde había instituciones monárquicas había decadencia, como sucedía en España y en Francia. Desaprobó el orden colonial y llamó a Cortés *escoria de la especie humana*. Sostuvo la idea de que Cortés fue visto por los indígenas como Quetzalcóatl y que fue don Hernando el que ahogó con sus manos a su primera esposa Catalina Juárez. Algunos españoles respondieron con un folleto que titularon *Cuatro palabras sobre algunas especies injuriosas al nombre español contenidas en la contestación del Sr. D. José María Tornel al Sr. Gutiérrez de Estrada*. Escribían para “devolver el honor a su país” y para vindicar a Hernán Cortés, “el derrocador de los inmundos altares de Tlatelolco, el plantificador de la cruz y de la civilización que ella significa en el Nuevo Mundo”. Declararon que Tornel era enemigo del nombre español, así como Voltaire lo era del cristianismo.

Los editores de *La Hesperia* comentaron este escrito y no sólo lo apoyaron sino que lo reprodujeron íntegro. Cuatro días después, los autores de *Las cuatro palabras...* agradecían al periódico por defenderlos “de manera tan varonil y tan digna de su patriotismo” y esperaban una respuesta de Tornel. Ésta se dio en *El Cosmopolita*. Sostuvo que por sus antecedentes los españoles estaban obligados a ser circunspectos y a no despertar odios ni rencillas. Estaba dispuesto a una discusión decente y franca y aludió al anonimato de sus polemistas, proponiéndoles que dieran la cara.

Los redactores de *La Hesperia* respondieron a su escrito. Le dijeron que todos los autores que había citado en su apoyo para subrayar la crueldad de Cortés — Sahagún, Remesal, Torquemada, Alva Ixtlilxóchitl, Acosta, Bartolomé de las Casas, entre otros — no eran bastante conocidos y no servían por ser coetáneos de los conquistadores. Creían que ellos podrían llenar muchas páginas con citas, pero de trozos históricos, escritos mucho tiempo después de pasados los hechos, “porque ésa es la verdadera historia”. Pensaban que era ridículo creer que

los documentos que citaba Tornel podían tener fuerza de ley para formar una historia futura. Según ellos, lo que había en este territorio antes de la llegada de los españoles no fue obra de los hombres que encontró aquí Hernán Cortés, y no necesitaban demostrar que el aspecto de esas ruinas “atestigua de mil maneras un origen egipcio”. Esto lo confirmaba el hecho de que no se encontraba en los Estados Unidos un solo vestigio de semejantes edificios. Su tesis principal era que los españoles, antes que destruir, edificaron, y que el supuesto conocimiento de Tornel en las antigüedades indianas era “una especie de mitología”.

La polémica con los españoles continuó durante los primeros meses del año siguiente. Sin embargo, antes de que terminara 1840, precisamente en el mes de diciembre, varios sucesos cambiaron de nuevo el rumbo político de nuestro personaje. Fue nombrado presidente de la Compañía Lancasteriana, encargada de la educación popular, cargo que ocupó hasta el año de 1847. También apareció en la lista de los individuos que compondrían el Ateneo, sociedad literaria y filantrópica. Pero quizá lo más relevante es que dejó de ser miembro del Supremo Poder Conservador, por ser nombrado alcalde primero por la junta de compromisarios de la ciudad.

Tornel mismo declaró que no era la primera vez que la capital de la República lo distinguía y lo honraba. Dijo que era notorio *que entre la ciudad de México y entre mí existe un pacto de confianza a que yo jamás he de faltar*. Escribió que a pesar de haber aceptado antes empleos elevados ahora aceptaba uno que podía parecer inferior, porque sabía cuáles eran las verdaderas obligaciones de un republicano.⁷⁰ En *El Cosmopolita*, escribieron que Tornel había sostenido la causa del pueblo tanto en contra de Gutiérrez de Estrada como de los españoles que querían “que admiremos y respetemos al asesino que lleva el título de conquistador de México”.

Sin embargo, cuando Tornel estaba a punto de tomar posesión del cargo, el gobernador Luis Gonzaga Vieyra desaprobó el nombramiento con el pretexto de que, como había sido del poder conservador, debían pasar dos años antes de que pudiera ser empleado en otro puesto. Tornel dio a conocer una protesta, que no tuvo ningún efecto, en la que dijo que él jamás había traicionado los deberes de sus empleos ni tenía la costumbre *de mancharse con la nota de pérfido*. Agregó que detestaba las parodias *y en especial las de cosas españolas*.

Los de *El Cosmopolita* interpretaron la suspensión, igual que Tornel, dentro de la polémica con los españoles, y sostuvieron que su

⁷⁰ *El Cosmopolita*, 23 de diciembre de 1840.

elección como alcalde era un acto de patriotismo. Comentaron que cuando Tornel presidía los exámenes públicos de la escuela Lancasteriana recibió la noticia de que había sido reemplazado en el Ayuntamiento y que toda la concurrencia — niños incluidos — lo indemnizaron del desaire con aclamaciones. Además, en el Teatro de los Gallos dedicaron la función a Tornel. Ese día representaron *Víctor el hijo del subterráneo o los bandidos de Alemania*, precedida por una obertura “a toda orquesta” y que cerró con un *pas de deux* del señor Alarcón y la señora Guerra, famosos bailarines. En el programa llamaban a Tornel “defensor del pueblo”.

Los de *La Hesperia* respondieron que les era indiferente el nombramiento de Tornel y les parecía un asunto sin importancia. Por su parte, la junta electoral lo reeligió como alcalde. Sin embargo, las influencias del gobernador se impusieron y no ocupó el puesto. Al quedar desempleado, se puso a disposición del Ministerio de la Guerra, por el que recibió la orden del presidente de que su sueldo militar le iba a llegar por el regimiento ligero de caballería activa del comercio. También le dijeron que iba a seguir incorporado al presupuesto del Supremo Poder Conservador para recibir prorrates mensuales hasta que le cubrieran los haberes que le adeudaban.⁷¹

De nuevo, como en 1832 y 1837, Tornel no ocupaba un cargo público, por lo que durante los meses de enero y febrero de 1841 continuó su polémica con los españoles. Apareció un folleto de ochenta páginas con el título *Réplica de varios españoles al Sr. Tornel*. Lo llamaron escritor ponzoñoso, con pretensiones de literato y de filósofo. Consideraban que América les estuvo reservada muchos siglos por la mano de Dios, para que su pueblo escogido viniera a regenerar su “lánguida civilización”. Decía que Tornel escribía “caricatura de la historia”. Se respaldaban en Bernal Díaz y desconocían la autoridad de Las Casas. Creían que la independencia fue inmadura porque el país no estaba para gobernarse, que los directores le habían faltado al pueblo y que todavía se esperaba al hombre que salvaría la revolución de treinta años que se padecía. Decían que las exageraciones de Tornel provenían de haber citado a Alva Ixtlilxóchitl, que no era más que un descendiente de Nezahualcóyotl.

Sostenían que la escritura imperfecta de los antiguos mexicanos demostraba que no contenía un rico depósito de ciencia y de historia. Culpaban a los ingleses de la introducción de la esclavitud en América, a Las Casas de ser el autor de la idea de sustituir la esclavitud indígena por la africana y a Carlos V por llevar a cabo la idea. Sostenían

⁷¹ ADN, *Cancelados*, exp. XI/111/1-93, t. 1, 30 de diciembre de 1840.

que la situación de los indígenas invitaba a los conquistadores a “no reconocer un igual ni semejante suyo en el indio”. Sin embargo, pensaban que llevaron ventaja sobre los colonos ingleses que eliminaban a la raza indígena en los territorios que ocupaban. Pronosticaron la desaparición de los salvajes americanos, “salvo que un milagro de Dios omnipotente los salve”.

José María Tornel publicó una respuesta en el número 8 de *El Cosmopolita* en un artículo que ocupaba dos pliegos y medio y ahí se pintó como *amigo de lo grande y de lo bello, mártir de la patria y campeón de la independencia mexicana*. Llamó necios a los españoles. Insistió en el despotismo de la dominación española que exterminó a los indígenas y en la crueldad de Hernán Cortés. Vindició a los héroes de la independencia y, sin dar ninguna batalla sobre sus fuentes históricas, amenazó a los españoles con una nueva expulsión y consideró su escrito como un *ultimatum*.

También “Varios españoles” dieron a conocer en la Imprenta de Lara su “última respuesta” a Tornel. Le dijeron que ya habían pasado los tiempos en que los españoles desdichados, víctimas de una insensata proscripción, iban a tocar a su puerta para obtener un permiso para vivir entre los mexicanos. Lo llamaron “petulante, hinchado escritor, general de antesala, zurcidor de citas, forjador de calumnias, que no sabía lo que era dormir con una conciencia tranquila, que su crítica y su ideología estaban tan vírgenes como su espada” — esta frase final la tomaron de José María Luis Mora —. Señalaron que decía de Cortés ideas contradictorias y que su objetivo era hacer ver que el honor de su nación había sido ofendido por Tornel y que tenían derecho de vindicarlo. Por último, desearon con sorna que México tuviera prosperidad bajo sus instituciones republicanas.

Asimismo, los de *La Hesperia* se despidieron de la polémica el 6 de febrero de 1841 y declararon, por su parte, que, más que razones, Tornel profería calumnias y amenazas. Dieron a Cortés un lugar eminente en su historia y propusieron al general mexicano que en polémicas futuras procurara conservar un aire de cortesanía que era el que agrada al público.

Con ninguno de los dos: el drama de Cicerón

Dado que tenía mucho tiempo disponible, Tornel se convirtió en el apoderado de las diputaciones de cosecheros de tabaco de Jalapa y Orizaba. También dedicó los primeros nueve meses de 1841 a la escritura. Sin resignarse a estar lejos del poder, pidió al Ministerio de la Guerra si era

posible que se le pudiera nombrar como vocal de los consejos o para cualquier otro servicio. Le respondieron que era necesario que pasaran dos años de haber dejado el Supremo Poder Conservador y que mientras tanto no podía solicitar al gobierno ninguna clase de gracia.⁷²

Cual Cicerón, tradujo un texto sobre la elocuencia, que dedicó al eclesiástico Manuel Moreno y Jove, en cuya introducción decía que también en los campos de América se podían recoger las flores oratorias de los que poseían el don celestial de la elocuencia. Creía que entre los mexicanos de ese tiempo ya no se escuchaban en la tribuna popular voces omnipotentes que hicieran honor a la patria y al siglo. Sin embargo, estaba seguro de que entre los mexicanos había elementos para brillar en elocuencia, porque el alma de los americanos era la reproducción del sol que fecundaba las entrañas de una tierra virgen. Sostenía que, cuando México pudiera gozar de una libertad sin riesgos, nacerían los Demóstenes, los Bossuet y los Masillones.⁷³

En *El Mosaico Mexicano* publicó un escrito suyo titulado “La Providencia en el nuevo mundo”, texto clave en su discurso, en donde se reconoció católico y defendió a América de las versiones europeas que la denigraban. En esa misma revista dio a conocer también una “Noticia sobre las poesías aztecas” del autor Ternaux Compans y asimismo tradujo “Beneficencia para con los animales” de De Weiss. A este texto le escribió una introducción en donde declaraba que había cambiado algunos conceptos malsonantes del autor, quien seguramente *se dejó arrebatar por el entusiasmo*. Posiblemente lo tradujo porque le ofrecía un lenguaje antimonárquico, cuando decía que, si la química descomponía la sangre del cerdo, no iba a encontrar diferencia con la de la nobleza altanera. También Tornel estaba de acuerdo en proscribir la crueldad hacia los animales y aceptaba la crítica del autor a las corridas de toros y a las peleas de gallos. Se notaba que estaba enemistado con Santa Anna, famoso aficionado a la fiesta taurina y quien consideraba a su gallo “Cola de plata” más importante que los asuntos de Estado.

Una opinión que se difundió sin comprobarse decía que Tornel fue uno de los primeros traductores de Lord Byron. Es cierto que tradujo en 1841 *Estancias a los napolitanos en 1823*, pero ya desde 1826 José María Heredia había hecho algunas traducciones de ese autor aparecidas en *El Iris* y otras se habían publicado en *El Recreo de las Familias*, en 1838, y en *El Museo Popular*, en 1840. Tornel hizo su traducción del inglés y tomó el original de la prensa inglesa de ese tiempo. La publicó

⁷² *Ibid.*, 20 de julio de 1841.

⁷³ M. Courtin, “Consideraciones sobre la elocuencia”, en *El Mosaico Mexicano*, t. IV, 1841, p. 371-376.

porque es difícil encontrar un delirio más poético ni más apasionado a favor de la libertad. Le gustaba el texto porque encontró en él una exaltación indescribible [sic] contra las testas coronadas.

También escribió el artículo “Bosquejo de la administración de los incas en el Perú” y lo publicó en *El Museo Mexicano*. Aquí se manifestó en contra de los que desdeñaban mirar culturas que *carecieron de Tácitos o de Tucídides*. Abanderó la defensa de la investigación sobre asuntos americanos. Quería que sus datos sirvieran de lección a los hombres imparciales. Casi todas sus referencias al imperio peruano llevaban una comparación con la Roma clásica. Creía que el sistema monárquico era el adecuado para reducir a sociedad a los pueblos incivilizados como lo fueron los incas. Consideró que fueron un gran imperio y no podía entender cómo hacia 1840 vivían una especie de semibarbarie. Trató de poner en alto a las culturas americanas frente a lo que llamó el *desprecio de los europeos* y se preguntaba por el destino de esos pueblos.

De toda su producción, destacó el drama titulado *La muerte de Cicerón*, que era la metáfora que explicaba el abandono en que lo tenían los dos hombres fuertes del centralismo. Se identificaba con ese senador y orador romano, cuya muerte fue ordenada por quien él encumbró en la gloria. Tornel sentía que, como Cicerón —sacrificado por Marco Antonio y abandonado por Octavio—, él había sido sacrificado por Bustamante y abandonado por Santa Anna.

Esta pieza la dedicó a don Andrés Quintana Roo y le pidió su opinión sobre ella. En una misiva fechada el 14 de diciembre de 1840, el respetado insurgente y hombre de letras dijo a Tornel que el drama tenía algunos defectos que eran perdonables por ser ésa una primera tentativa. Le escribió que, según él, se trataba de “un ensayo que prometía para la tragedia la perfección a que su autor había llegado en otros géneros”.

Se excusó de no tener tiempo ni conocimientos suficientes para explicarle cuáles eran los principios que debían guiar al poeta que quisiera formar un drama tan difícil. Sin embargo, se atrevió a decirle que su argumento se sostendría mejor si estuviera ligado a una acción, ya que su protagonista no variaba su situación. Le recordó que el alma de la tragedia eran las fluctuaciones y alternativas de esperanza y de temor y que éstas no aparecían en su texto. Pensaba que este defecto se podía deber a la misma naturaleza del asunto que trataba, que era tan conocido, por lo que resultaba difícil lograr de él el artificio de las ficciones dramáticas. Hacia el final de la carta le escribió frases más amables: que su diálogo estaba bien tejido, que su lenguaje era puro y correcto, que tenía utilidad moral y que la obra merecía ser colocada “entre las mejores producciones con que ha honrado a su nación”.



11. Portada de *La muerte de Cicerón*

Tornel escribió este drama en tres actos cuando estaba despedido de la política por el presidente Anastasio Bustamante; lo habían hecho a un lado en el Supremo Poder Conservador, había perdido la elección de alcalde y no contaba tampoco con el favor de Santa Anna, quien se había retirado a su hacienda Manga de Clavo. Agregó a su drama dos citas célebres que aludían al perdón de las injurias y a la inutilidad de la venganza por parte de los hombres públicos. Él, que se sentía consejero, hombre virtuoso y honorable, orador elocuente, padre de la patria, restaurador del orden y la paz, se identificaba con Cicerón. Cuando éste murió fue llorado por el Senado y por el pueblo. Tornel se sentía víctima de los triunviros mexicanos y de algunos traidores, y fantaseó dramáticamente su muerte política en demérito de México y de la libertad.

Según lo percibió Quintana Roo, ahí no había tragedia ni acción dramática. Para los cultos de entonces, tan cercanos a la Roma clásica, el asunto de la muerte de Cicerón no era novedoso. A pesar de las críticas a su drama, Tornel decidió publicarlo, incluyendo la carta de Quintana Roo. Quizás lo dio a conocer porque quería que algunos —Santa Anna, por ejemplo— oyeran su mensaje: él no era un traidor sino un servidor de la causa pública.

Comisionado de Antonio para firmar la paz con Anastasio

A finales de agosto de 1841 estalló una revolución en la capital en contra del presidente Anastasio Bustamante. Además, desde los primeros días de ese mes, Mariano Paredes se había levantado en Jalisco y proponía convocar a un nuevo Congreso para reformar la Constitución centralista de las Siete Leyes. Pedía que el Supremo Poder declarase a Bustamante incapacitado para gobernar y que eligiera a un Ejecutivo extraordinario. Por su parte, el tambaleante gobierno de Bustamante nombró a Santa Anna comandante general de Veracruz. Éste debía, además, volver al orden a Yucatán y Tabasco y defender las costas amenazadas por barcos texanos. El 31 de agosto, el general Gabriel Valencia se acuarteló en la Ciudadela pronunciado contra el gobierno. En los días que siguieron se reunieron ahí varios generales —entre ellos Tornel— para discutir una nueva forma de gobierno para México.

Santa Anna, mientras tanto, había tomado la fortaleza de Perote y se presentó como un mediador pacífico, esto es, desaprobó públicamente el artículo del plan de Paredes que desconocía a Bustamante, pero insistió en que se escuchara la voz de los jaliscienses. Como le

contestaron que nadie lo había nombrado mediador, Santa Anna rompió con el gobierno y desató una guerra en la que Bustamante se vio obligado a tomar el mando de sus tropas. Por su parte, Mariano Paredes publicó su adhesión a Santa Anna y dijo que Bustamante ejercía un poder extraconstitucional. Frente a su poca fortuna en el desarrollo de los combates, Bustamante envió a sus representantes ante Santa Anna, quienes firmaron un armisticio que terminaría a las once de la noche del 29 de septiembre.

Llegado ese día, como los gobiernistas no propusieron nada, Santa Anna dio a conocer unas bases que se conocieron como “Plan de Tacubaya”, en donde declaraba que por voluntad de la nación habían cesado los poderes supremos establecidos por la Constitución de 1836 — menos el Judicial — y sostuvo que el general en jefe del movimiento nombraría una junta que elegiría al presidente provisional, mientras se expedía una convocatoria para un congreso constituyente que formaría una nueva constitución. Uno de los firmantes, además de Paredes y Valencia, era José María Tornel.

El gobierno de Bustamante designó a dos personas y le pidió a Santa Anna que nombrara a su vez a sus representantes para analizar el plan. Éste comisionó a Tornel y a José Ignacio Gutiérrez, quienes se reunieron el 29 de septiembre de ese 1841 en la hacienda de los Morales con Mariano Michelena y Manuel Eduardo Gorostiza. No lograron ponerse de acuerdo y decidieron discutir al día siguiente en Tacubaya en presencia de Santa Anna. En eso estaban, cuando se enteraron de que Bustamante se había pronunciado en favor de la federación. La guerra civil — que, según Carlos María de Bustamante, el pueblo la llamó “guerra de los cacomixtles porque esos animales se pelean en los tejados y campanarios como aquí hemos peleado” — se reanudó en la capital.

Después de un combate entre el ejército de Anastasio Bustamante y la división de Santa Anna el 5 de octubre — en que se habían batido desde las diez y media de la mañana hasta las tres de la tarde — éste envió un comunicado a su contrincante. En él le decía que le dolía combatir a una tropa que en otras ocasiones había sido su aliada para luchar en favor de la patria. Le propuso que se reanudaran las pláticas, asunto al que accedió Bustamante. Eligieron la presa de la Estanzuela para reunirse. Santa Anna comisionó de nuevo a Tornel y a Gutiérrez, y Bustamante a Benito Quijano y a Valentín Canalizo. El día 6 de octubre convinieron en una reconciliación.

Como por arte de magia consideraron que desde ese momento se restablecía la cordialidad entre los miembros de la “familia mexicana”. Se comprometieron a olvidar de modo perpetuo y sincero que había habido distintas opiniones políticas y a no molestar a nadie por

sus opiniones orales y escritas. El 7 de octubre Santa Anna fue recibido por distintas corporaciones en la ciudad de México y presenció el desfile de las tropas desde el balcón principal de palacio. Bustamante salió desterrado a La Habana después de haberse despedido de sus compañeros de armas.

Tres días después se instaló la famosa Junta de Representantes de los Departamentos, en la que fue elegido José María Tornel como su presidente; en ella se designó por votación como presidente provisional de México a Antonio López de Santa Anna. En *El Siglo Diez y Nueve* de Ignacio Cumplido escribieron que fue de nuevo la Providencia —que velaba visiblemente por los destinos de México— la que sin duda escogió a Santa Anna para consumar la regeneración de la patria.⁷⁴ Con esto terminaba el decenio de la rivalidad de dos poderosos, en donde desempeñó un papel relevante el ministro, consejero y redactor oficial José María Tornel, quien no tuvo que morir como Cicerón en su drama, porque Antonio López volvería a confiar en él.

⁷⁴ *El Siglo Diez y Nueve*, sábado 9 de octubre de 1841.

